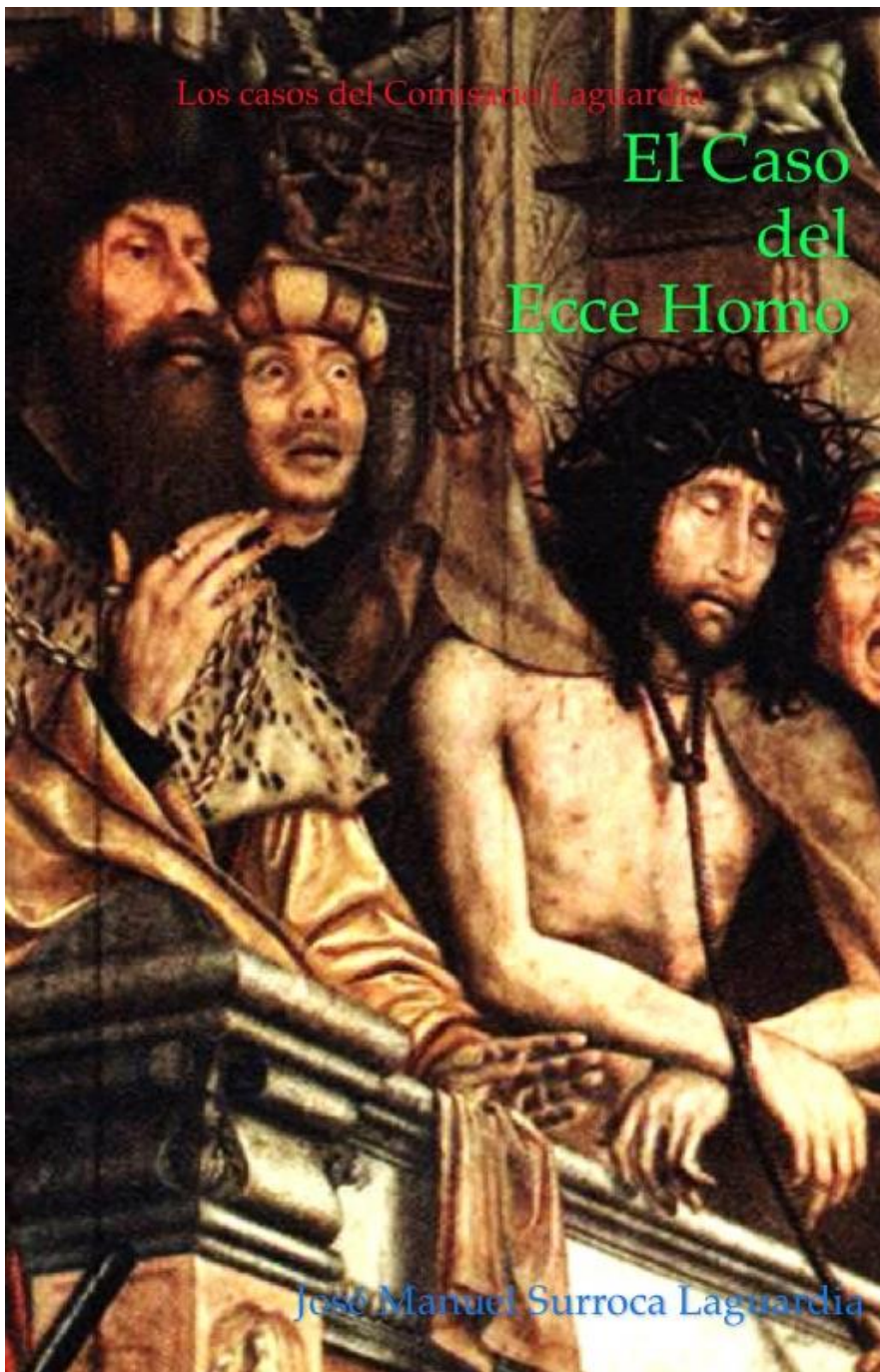


Los casos del Comisario Laguardia

# El Caso del Ecce Homo

José Manuel Surroca Laguardia



# **EL CASO DEL ECCE HOMO**

**José Manuel Surroca Laguardia**

*No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del Editor o Autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).*

*Diríjase al Autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de ésta obra. Puede contactar con el autor a través del correo electrónico [surrocajm@telefonica.net](mailto:surrocajm@telefonica.net)*

**© José Manuel Surroca Laguardia, 2018**

**Portada: Torre de la Catedral de Barbastro.**

**José Manuel Surroca Laguardia**

**Impresión y Encuadernación: Amazon S.A.**

**Maquetación y diseño de la portada: José Manuel Surroca Laguardia**

**Los libros son como los maestros. Ellos nos hacen más sabios y mejores personas.**

## **Capítulo 1.**

### **13 de Abril de 2010**

A cualquiera que le hubieran preguntado por las razones por la que los antiguos denominaron a Castellón del Tozal con este nombre, la respuesta la tendría ante sí, nada más que observara desde la lejanía la ubicación del mismo. Un Castillo— Iglesia, en un estado de conservación notable, construido en un altozano, exhibía orgulloso sus contornos en los que se podía adivinar sin mucho esfuerzo, la gloria que debió de tener en sus primeros tiempos, allá por los siglos XII y XIII, dominando una vasta extensión de terreno, en la que podían divisarse pueblos situados a bastantes kilómetros, en cualquiera de los cuatro puntos cardinales.

Fue lo primero que le llamó la atención a Andreu Montllor, mirando a través del cristal delantero del coche que conducía. Se dirigía hacia Castellón, donde le habían hablado de la existencia de unas imágenes y objetos de liturgia de una cierta antigüedad y que se encontraban en la Iglesia parroquial del pueblo.

Andreu, natural de Lérida, se dedicaba al negocio de las antigüedades desde que recordaba tener uso de razón. Su padre, Antonio, y su hermano Oleguer, ya se dedicaban a ello, e incluso su abuelo, de nombre Andreu (él llevaba ese nombre en honor del abuelo), quien fue el fundador del negocio familiar, mediado el siglo XIX, con lo que el negocio en sí, ya era una antigualla.

Andreu poseía mucha experiencia acumulada, y desde que en los años 60 comenzaran los nuevos tiempos de expansión y recuperación económica en España, trajo consigo nuevos aires de renovación en la industria, cultura y sociedad. Pero donde ese fervor modernizante impactó con fuerza fue en la Iglesia, entidad tradicional donde las haya, y que a partir en 1965 con la finalización del Concilio Vaticano II, en la que a los nuevos jóvenes curas, y siguiendo los dictados del recién terminado Concilio, les entro la fiebre de “modernizar” sus iglesias, acomodando su imaginería a modelos más actuales y del gusto de los jóvenes, a quienes estaba dirigida tanta modernización con el fin de atraerles a los templos. Loable esfuerzo que no se vio culminado con los resultados esperados.

Bajo el nuevo prisma en el modo de sentir y de pensar, especialmente de las generaciones de jóvenes sacerdotes, las iglesias estaban absolutamente

recargadas con imágenes, cuadros y pinturas que, dada la antigüedad que presentaban en su inmensa mayoría, y que casi en su totalidad tendían al negro, debido a la pátina que da el tiempo consistente en polvo, humo y a sus muchísimos años, por lo que no contribuían a introducir a la juventud en el redil de la iglesia. Pues bien, para los curas modernos, o “yeyes” como se les llamaba a algunos, impulsados por los aires renovadores del Concilio, esto había que cambiarlo de pies a cabeza. Ni que decir tiene que a los curas veteranos o mayores, esto les parecía un dislate y un sacrilegio de los grandes. Una locura que no entendían bien como se había llegado a producir. El conflicto generacional, también había entrado en la Iglesia.

Naturalmente, estos nuevos aires renovadores, fue acogido como una bendición (nunca mejor dicho) por todos los anticuarios nacionales y extranjeros, que vieron cómo se abría ante sus manos un negocio lucrativo impresionante. Para ello, solo se necesitaban tres cosas: conocer en profundidad el negocio para saber discernir, lo bueno, lo malo y lo extraordinario o “chollo”, tener contactos con gente adinerada dispuestos a acoger estas “joyas” y la tercera y fundamental, tener pocos escrúpulos, o mejor aún, ninguno.

Andreu pertenecía a estos últimos. Su moral consistía en hacer negocio a toda costa y sacar el máximo beneficio posible. Para ello, estaba dispuesto a todo lo que hiciera falta, salvo asesinar, y esto lo había pensado poco, más que nada porque hasta el presente no se le había presentado una ocasión extraordinariamente difícil. Pero era inteligente y estaba convencido de que llegaría el día en que este negocio se acabaría: bien porque finalmente los objetos del deseo se agotarían, o bien porque sus propietarios llegaría el momento en que se darían cuenta y se cerrarían en banda. Por tanto, cuando ese momento llegara, y Andreu lo tenía por seguro que así sería, había que haber sacado todo el jugo posible a la situación.

Aunque ya habían transcurrido cuarenta y cinco años desde la terminación del Concilio, todavía quedaba mucho por descubrir. Son decenas de miles las iglesias que hay en toda España, y en muchas de ellas, el viento renovador del Concilio ni siquiera las había rozado. Y en parte de que esto hubiera ocurrido así, se debía a sus párrocos, los cuales se habían negado en redondo a cometer semejante sacrilegio. Era por ello, por lo que continuaba con su peregrinación en busca de ignotos tesoros.



Mientras se acercaba a Castellón, Andreu se preguntaba sobre la clase de cura que se encontraría en la aquella iglesia que se vislumbraba junto al castillo. Si era cura joven, la cosa sería fácil y rápida. Su habilidad para convencer, le daba una seguridad infinita de lograr un saqueo “limpio y sin problemas”. Si el cura era de la “vieja guardia” la cosa se complicaría, salvo si pertenecía a la sub— especie de bien— intencionados y conformistas, quienes aunque ponían algo de resistencia, más que nada por el apego y cariño que les habían tomado a los objetos, finalmente era relativamente fácil convencerles. Y si el cura, pertenecía a la sub— especie de curas desconfiados y antiguos a ultranza, el objetivo se complicaría y habría que acudir a otras tácticas y técnicas para lograr el objetivo.

A la memoria le vinieron ejemplos de otras situaciones vividas en sus constantes y numerosos viajes por las poblaciones aragonesas, especialmente indefensas y desconocedoras de los tesoros que guardaban en sus, algunas, destartaladas iglesias, y que tenían abundantes antigüedades datadas en los siglos X al XIV, verdaderas joyas desprotegidas por la desidia, la falta de medios económicos y la ignorancia. El expolio que él y otros como él estaban realizando en esta antigua tierra, era de proporciones gigantescas. Pero hasta los

tontos se despiertan un día, y entonces lo hacen de mal genio. Y ese día él esperaba estar bien lejos, porque la ira y la rabia podían de aquellos podían ser descomunales.

Se dirigió directamente hacia la iglesia siguiendo las indicaciones de las placas en las que se anunciaba una iglesia del siglo XI por unas empinadas calles empedradas hasta desembocar en una plaza, donde una placa indicaba que se encontraba en la *Plaza de la Iglesia*, al igual que en centenares de pueblos de España. Aparcó frente a la entrada principal y echó un primer vistazo a la portada. que vio le confirmó que allí podía encontrar algún tesoro ignoto para el cura y los feligreses.

Se bajó del coche y se puso el gabán que llevaba en el interior del coche. Sintió frío al poner un pie sobre el empedrado. El pirineo todavía conservaba nieve en sus cumbres y el frío se hacía sentir. Y con seguridad, dentro del templo, el frío y la humedad serían considerables. Decidió rodear la iglesia antes de entrar en su interior para apreciar la labor constructiva. Andreu era hombre entendido en esta materia, aunque solo fuera por las muchas iglesias, monasterios y ermitas que había visto en su vida en su eterna búsqueda por los caminos de Dios en busca de piezas de auténtica valía.

En el exterior de la cabecera observó sus altos cilindros absidales que aparecían como verdaderos e inexpugnables cubos de muralla, indudablemente porque en su concepción se consideró fundamental la vocación defensiva del conjunto. El cilindro absidal central era de mayor altura y amplitud que las naves laterales y estaban edificados a base de sillarejos poco escuadrados y ajustados, carentes de marcas de cantería y aparejados con abundante argamasa. Lamentó no encontrar mascas de cantería, pues estas hubieran podido aportar mucha información acerca de los autores del complejo defensivo. Su ausencia no le extrañó, vista la zafiedad de los sillarejos. Las hiladas estaban formadas con elementos dispares en altura y longitud, predominando de modo casi absoluto los dispuestos a soga, aunque en algunas zonas como en la porción media y superior del vano aspillero de la cripta norte había una clara sucesión de elementos atizonados. Destacaban de modo claro los abundantes *mechinales* pareados, típicos del hacer lombardo. Eran los vestigios del armazón del andamiaje de madera utilizado para su construcción. Los cilindros absidales de las criptas, y confirmando su carácter defensivo, eran aspilleros, mientras que los de la iglesia superior eran de medio punto dovelado y de doble derrama. En el lado norte podía apreciarse el

escalonamiento de los tres volúmenes del templo inicial: nave-presbiterio-ábsides.

De nuevo frente a la portada, de medio punto dovelada y bastante moderna, se dispuso a entrar en la iglesia, armado de su cámara de fotos y con la esperanza de que en su interior hubiese cosas tan interesantes como en el exterior.

Lo primero que le llamó la atención era lo que se denominaba “planta de salón”, con capillas añadidas y coro alto a los pies. La cabecera se halla sobre elevada con respecto al pavimento de la nave existiendo siete escalones para llegar al plano de los ábsides. Esta elevación ya la había visto en otros lugares como en el monasterio de Alaón o la catedral de Roda de Isábena. Los ábsides laterales se hallaban tabicados, siendo reutilizados como sacristía o depósito de diezmos. Los presbiterios eran muy amplios y se hallan interconectados por vanos al igual que ocurría en la cripta.

Al fondo de la nave central, el altar se encontraba en alto y se llegaba a él tras subir cuatro escalinatas de mármol. Presidiéndolo todo, una enorme cruz con un Cristo Crucificado, imponente. Toda la parte delantera del altar estaba ocupada por unos enormes candelabros, doce en total, que portaban unos enormes cirios,

encendidos alternativamente, seguramente con el fin de ahorrar.

Puso en marcha su calculadora mental y comenzó a evaluar casi de forma automática cuanto veía. Enseguida se dio cuenta de que en aquella iglesia, había cosas interesantes, aunque no especialmente valiosas. Siguió con su inspección hasta que sus ojos se posaron sobre un cuadro que colgaba de uno de los muros laterales, más o menos a mitad de la iglesia, y que quedaron enganchados a él como si los hubieran clavado. El cuadro tendía unas dimensiones aproximadas, marco incluido, de casi dos metros por metro y medio. A cada lado del mismo, situados a la mitad de la altura del cuadro, dos apliques dorados dotados con bombillas en forma de *pera*, trataban, sin lograrlo, iluminarlo suficientemente.

Se trataba de una representación del *Ecce Homo*, en colores brillantes y en un estado magnífico. Sin querer hacerse ilusiones, se acercó lentamente, observando cada detalle del mismo. Conforme se acercaba, su impresión inicial se iba confirmando: ¡Un *Quentin Massys*!

Ya ante él, lo analizó a escasos centímetros de sus ojos, y sus suposiciones se confirmaron. Tenía ante sí una autentica obra maestra. *Quentin Massys*, fue un pintor que vivió entre el siglo XV y XVI, y que contaba con el reconocimiento de anticuarios y de expertos de

arte sacro, pero era un perfecto desconocido para el gran público y para la inmensa mayoría de críticos de arte y galeristas. Aquel cuadro, era exactamente igual a otro que había en el museo de Prado, en Madrid. En ocasiones, *Massys* hizo dobles y triples copias de sus cuadros, solicitadas por los propios clientes. Sabía que en aquel cuadro debía haber un detalle que no estuviera en el otro, pero en aquel momento no recordaba de qué se trataba, si era una marca o un símbolo con los que diferenciaba entre ellos. Aquel cuadro podría valer millones de pesetas, si se sabía a quién se debía vender. Lo examinó con atención durante largo tiempo.

Dio un paso hacia atrás para observarlo menor, cuando tropezó con alguien o algo que se encontraba a su espalda. Se volvió con cara de susto, y se encontró de bruces con el párroco de la iglesia que lo miraba con una cierta sonrisa en su cara. El hombre aparentaba tener más de 65 años.

— Siento haberlo asustado— dijo el párroco.

— Soy yo el que le pido perdón. No le había sentido. Espero no haberle pisado.

— No se preocupe. Ya me he dado cuenta de que estaba usted absorto en nuestro *Ecce Homo*.

— Sí. Es magnífico. Me ha llamado la atención desde que lo vi. ¿Sabe usted quien es su autor?— preguntó para averiguar si el párroco lo conocía.

— Pues la verdad es que no. Alguna vez que ha sido descolgado para limpiarlo o por cualquier otro motivo, no hemos podido ver ningún nombre por detrás de la madera, porque en lo que está a la vista, desde luego no lo pone. Me imagino que en los tiempos que se pintó el cuadro, no se consideró importante hacer mención de ello. Pero coincido con usted en que es magnífico. Yo también me paso muchos ratos observándolo, y cada vez percibo un detalle nuevo— dijo el párroco.

— En realidad sí que lo firmó— pensó Andreu. Con seguridad, quien le hizo el encargo, no le permitió que pusiera su nombre en el lienzo y *Quentin Massys*, solía plasmar en sus obras sus propias señas de identidad, añadiendo personajes que representaban los vicios humanos y a los que representaba con caras grotescas, a buen seguro caricaturas del personaje de quien quería vengarse. En aquella época, los pintores utilizaban este recurso para vengarse en silencio de quienes les perjudicaban o les mostraban animosidad o desdén. Quien reía el último, reía mejor. Y en aquel cuadro, estaban presentes todas las señales. Y la marca

diferencial. Cuando llegara a casa se pondría a buscar como un loco hasta dar con ello.

— Por cierto, permítame que me presente— dijo, a la vez que le entregaba una tarjeta de visita. — Me llamo Andreu Montllor, de Lérida.

El párroco le echó una mirada a la tarjeta.

— ¡Ah! Es usted anticuario. Supongo que la visita será para hacerme alguna proposición de modernización de mi iglesia.

Andreu notó perfectamente el tono utilizado por el párroco y el cierto énfasis que había puesto al decir “*modernización de mi iglesia*” por lo que vio claro que la táctica a emplear era de asedio a largo plazo.

— No le puedo decir que la visita no obedezca a razones de mi profesión, pero don...

— Elías Gómez, perdone...— dijo el párroco.

—...Elías, yo me doy perfecta cuenta de dónde es posible aportar nuestra colaboración y donde no. Esta iglesia está perfecta tal y como está— dijo Andreu.

— Sí. Y así seguirá hasta el día en que Dios me llame a su lado.

Andreu, cambio de conversación y comenzó a comentar las características que observaba en la construcción de la iglesia, logrando captar la atención del párroco, quien adivinó en su visitante grandes



conocimientos sobre la materia a los que aportó los suyos. Recorrieron la iglesia en toda su extensión intercambiando opiniones sobre muchos aspectos. Finalmente se despidieron, no sin antes anunciarle Andreu su intención de visitarle con alguna frecuencia, no para comprar ni vender, sino para disfrutar de la compañía de un hombre tan versado en un tema que a él le apasionaba.

Mientras se subía al coche, ante la sonriente y beatífica mirada de don Elías, Andreu, ya comenzaba a maquinarse un plan para hacerse con aquel cuadro extraordinario. Luego puso rumbo Lérida, camino de su casa.

## **Capítulo 2.**

### **17 de Abril de 2010**

José Laguardia, Comisario Jefe de la Sección de Homicidios de Zaragoza, tenía ya a la vuelta de la esquina la jubilación que se produciría en el próximo mes de Julio. Viudo, desde hacía tres años y padre de dos hijos, Jonás y Julia llevaba ya algún tiempo preparándose de forma paulatina para esta nueva fase de su vida. Era consciente de que llegado el momento, debía tener asumido que sus hábitos y forma de vida iban a sufrir un drástico cambio.

Los Laguardia eran originarios de Castellón del Tozal, población agrícola y ganadera ubicada en las inmediaciones del Pirineo aragonés, en la provincia de Huesca. Castellón contaba al inicio de la contienda civil con unos doscientos habitantes, pero a su finalización, comenzó un lento pero persistente éxodo de familias que abandonaban el pueblo en busca de un mejor futuro que no veían en Castellón.

El abuelo Laguardia dejó al morir dos hijos, un imponente caserón y numerosas tierras de cultivo. El padre de José era el segundogénito, y según la costumbre imperante en Aragón en todos los pueblos de la montaña, la Casa familiar y las tierras las heredaba el primogénito, quedando el resto de hijos con la necesidad y obligación de buscarse la vida por su cuenta, o si la Casa era lo suficientemente grande para poder sustentar a más familias, vivir a la sombra de la misma, bajo la autoridad del hermano mayor.

José era hijo único y vino a este mundo un 1 de Julio de 1945, en plena posguerra. Tiempos difíciles en los que era harto complicado sobrevivir. La situación en Castellón, al igual que en todos los sitios y lugares de la geografía española, se complicaba cada día más. Con la escasez de simiente, a duras penas las tierras daban cosechas aceptables con las que poder vivir una familia, cuanto menos dos. Por ello, los padres de José, decidieron abandonar la casa paterna y cambiar de residencia para probar fortuna en Zaragoza, la capital aragonesa. José contaba a la sazón con diez años de edad.

En el pueblo, al frente de Casa Laguardia, quedó Jesús, el tío de José y hermano de su padre. El tío. Solterón recalcitrante, dedicado a pelear con la tierra, *in*

*saecula saeculorum*, para obtener de ella el sustento con el que vivir y de alguna manera, atado a ella hasta las últimas consecuencias. En el 2001, fallecía sin herederos con lo que todas las propiedades de la Casa Laguardia, revertían en José, al haber fallecido sus padres, a finales de los 90.

José siempre conservó en su cabeza, la imagen de la enorme casona de sus abuelos en Castellón. Por ello, y en vistas de su próxima jubilación, llevaba ya algún tiempo, acariciando la idea de acercarse por el pueblo para informarse de primera mano de la situación actual de la Casa y emprender las obras necesarias para reparar lo que tuviera necesidad de ello, y realizar algunas mejoras en el interior y distribución de las habitaciones.

Y eso es lo que tenía pensado hacer aquel sábado. Le acompañaban sus dos hijos y respectivos cónyuges además de sus cinco nietos, hijos de Jonás y de Julia. Se habían desplazado en dos coches y el viaje había sido divertido. A mitad del camino, cuando pararon para echar un bocado, el abuelo cambió de coche para complacer las peticiones de sus otros nietos. A ellos también les hacía ilusión aquella excursión. Faltaba en el grupo Adela, el ama de llaves de José, quien se había quedado en Zaragoza, aquejada de un incipiente catarro.

Tras tres horas y media, parada incluida, se plantaron ante la puerta de una casona, en cuya parte superior, un letrero decía, escrito con tipo de letra inglesa, *Casa Laguardia 1876*, la casa familiar. José portaba entre sus manos las enormes llaves que abrían el portón de entrada. Notó que le temblaban y que la emoción comenzaba a afectarle.

La Casa tenía cuatro alturas más el granero, situado en la parte superior, bajo el tejado. La fachada medía veinte metros y en ella, a pie de calle, en la parte central se encontraba la puerta principal de entrada. A su derecha, la puerta de doble hoja de unos cinco metros, según recordaba José, era la entrada a la casa de las caballerías y de los carros. Y a la izquierda de la puerta de entrada, había una enorme ventana con rejas. En la primera planta, un balcón ocupaba toda la anchura de la fachada, y a él, se abrían tres puertas y cuatro ventanas. La segunda y tercera planta, mostraban a la calle seis ventanas en cada planta. Y por último, una garrucha junto a unas aberturas sin cerrar, indicaba la situación del granero, lugar al que, en tiempos, se subían los sacos de grano, simiente y otros productos que se almacenaban allí para su oreo y conservación. El artesonado con el que se remataba el alero de la casa, era muy austero, sin filigranas, pero estaba intacto, lo que indicaba que

cuando se construyó, se utilizaron los mejores materiales.

Antes de introducir la llave en la cerradura, la contempló con emoción, sin poder evitar una furtiva lágrima. Eran muchos los recuerdos que le traía la sola contemplación del imponente caserón. Sus hijos que se habían dado cuenta de la emoción que embargaba a su padre, le pasaron un brazo por sus hombros. Con emotiva solemnidad, introdujo el llavín en la cerradura y empujó hacia adentro la hoja de la enorme puerta.

Como quien entra en un templo, entraron todos con actitud recogida y expectante. Ante ellos, se presentaba un amplio zaguán con sendas tinajas gigantes a cada lado. Un persistente olor a cerrado, les inundó los sentidos olfativos. Frente a ellos, una amplia escalera que llevaba a los pisos superiores. A la izquierda, derecha y al fondo, sendas puertas que daban a otras tantas estancias. La situada a su izquierda, daba al patio interior por donde entraban las caballerías y los carros cargados de mercancía. El patio interior, no estaba cerrado por el fondo, dando a otro patio abierto, también enorme y que quedaba detrás de la casa, y en cuyo patio, durante los buenos tiempos, se debían de aparcar los carros y animales de tiro utilizados en las labores cotidianas de la Casa. Aún se conservaban perfectamente las

construcciones aledañas que debieron de estar dedicadas a la cuadra, cochiguera y corral. Ahora, presentaba un estado de abandono y podía verse que en los últimos tiempos se había intentado reconvertirlo en un jardín, según se podía deducir por los numerosos tiestos, macetas y zonas marcadas donde podía suponerse que debió de haber algunos parterres de plantas. En las zonas de sombra que proporcionaban unos viejos empeltes, había mesas y bancos de madera.

Y sobre todo, dos enormes higueras, de las que había olvidado su existencia. Al contemplarlas de pronto, se agolparon en su cabeza, los momentos en los que de niños se subía a las higueras a recoger los higos. Recordaba que las dos producían dos cosechas al año: brevas para junio e higos para finales de Agosto y principios de Septiembre. La que estaba más a la derecha daba higos negros dulces y grandes. La de la izquierda, producía higos blancos, tan dulces como la miel. Por lo que podía apreciarse, ambas higueras estaban cargadas de fruto, tal y como él recordaba que ocurría en su niñez. Fue un hallazgo que le satisfizo mucho.

Volvieron al zaguán para continuar con la inspección. La puerta de la derecha, daba a una estancia que se utilizaba para almacenar y guardar los aperos y herramientas necesarios para el trabajo. Numerosos

objetos colgaban de las paredes y del techo: rejas, collerones, hoces, cuerdas, palos, mimbres, etc. Al fondo, y ocupando toda la pared, una mesa de madera que servía para realizar reparaciones y otros menesteres. En la pared de la mesa, un tablero donde se colgaban multitud de herramientas. Martillos, destornilladores, alicates, botes, herraduras y un sinfín de objetos. Un taller en toda regla.

Subieron por la escalera hasta la planta superior. Evidentemente la planta estaba dedicada para hacer la vida los que vivieran en ellas. Cocina, comedor, salón de estar ocupaban toda la planta, mientras que las plantas superiores estaban dedicadas a habitaciones dormitorios. Entre las dos plantas, había doce habitaciones amplísimas, con ventanas a los dos lados de la casa. Y toda la casa completamente amueblada pero a la que habría que someter a una limpieza general antes de entrar a vivir. No en balde, la casa había estado a merced del polvo durante nueve años.

Pasaron el día evaluando las cosas que debían ser reparadas de forma inmediata, y otras, como la calefacción y el aire acondicionado, en especial la primera, tenían que ser proyectadas en su totalidad, ya que calentarse a base de leña, no emocionaba precisamente a José, aunque sí que quería que se



mantuvieran las chimeneas donde se podía quemar la madera. Quería poder disponer de calor, pulsando un simple botón.

José quería haber pasado a saludar a unos cuantos vecinos, y en especial al párroco, don Elías, pero el tiempo se les paso en un abrir y cerrar de ojos. Comieron en el jardín, aprovechando el buen tiempo que estaba haciendo, y sobre las mesas desplegaron las viandas que habían traído desde casa. Los niños se lo pasaron en grande corriendo y jugando al escondite, subiendo y bajando por las escaleras, quedando al final del día completamente agotados. Los mayores andaban ilusionados con los proyectos de modificación y adaptación de la Casona a la que había que incorporar algunas de las ventajas que la tecnología ofrecía, como Internet y telefonía.

El lunes, José se pondría en contacto con un conocido suyo que era constructor para encargarle las obras. Quería que aquella casa, quedara lo suficientemente acogedora para poder pasar en ella largas temporadas, y poder dedicarse a leer y escribir, sus pasatiempos predilectos.

### Capítulo 3.

22 de Abril de 2010

En su domicilio de la *Carrer dels Templers*, 5 de Lérida, Andreu meditaba ante una humeante taza de café que sostenía entre sus manos. Desde que había conocido la existencia del cuadro de *Quentin Massys* no había podido dormir una noche entera. Desde luego estaba seguro de que aquel *Ecce Homo*, era un *Massys*, por varias razones: por su colorido, por el detalle delicado, por su estilo entre la tradición flamenca (*Massys* era de *Louvain*) y el renacimiento italiano, por la intensidad del sentimiento religioso plasmada en sus figuras, riqueza cromática y su minuciosidad en cada detalle, y fundamentalmente, por su tendencia a mostrar los vicios humanos en alguno de los personajes que aparecían en sus cuadros. Expresiones grotescas, desagradables y bobaliconas. Es decir, le gustaba introducir en sus obras una nota satírica. Y en aquel cuadro estaba reflejado todo lo anterior. Le faltaba conocer todavía el detalle diferenciador que solía introducir *Massys* en sus

duplicados. No había muchos cuadros de él en España, y ello le daba un valor extraordinario. Las razones que dieron lugar a que un cuadro pintado con seguridad en algún taller de Bélgica, acabara recalando en una pequeña iglesia de un pequeño pueblo del pirineo aragonés, eran inimaginables y se le escapaba a su entendimiento.

Pero a Andreu eso no le iba a quitar el sueño.

Tenía que dar con un plan para hacerse con él. Lo primero sería granjearse la confianza del párroco, realizando una serie de visitas para ir fomentando la misma. Lo segundo, sería tomar una serie de fotografías del cuadro, desde todas las posiciones y desde todas las distancias. Luego, y una vez grabadas las fotos en el ordenador poder aumentar su tamaño y observar en detalle, centímetro a centímetro del cuadro. Convenía asegurarse de que se trataba de un cuadro de *Massys*, y una vez logrado esto, su venta estaba mas que asegurada. Su valor, entre cien mil y doscientos mil euros, y lo que era mejor, conocía a su comprador, un millonario y profundamente admirador de *Quentin Massys*: Malcom Van Meister, un coleccionista belga con el suficiente dinero como para comprar cien cuadros como aquel.

Pero, ¿cómo haría para hacerse con él? No quería llevárselo directamente porque en ese caso, el párroco

presentaría una denuncia ante la Guardia Civil y con seguridad se haría intervenir a la Interpol, lo que rebajaría considerablemente el precio, además del riesgo a ser descubierto. Cualquiera que fuera el plan, le debía garantizar que nadie denunciara su desaparición, y por tanto, tener las manos libres para hacer lo que más le conviniera.

Decidió que en los próximos días volvería a realizar una nueva visita a Castellón para realizar las fotografías, a la vez que haría una aproximación hacia los conocimientos del párroco sobre el cuadro y sobre el autor. Tendría que hacer algunas fotos sobre el interior del templo, con la idea de conocer mejor la disposición de puertas y elementos, para el día en el que tuviera que entrar en la iglesia para “recoger” el cuadro. Por cierto, de buen tamaño, lo que representaba un problema. Por lo pronto, y antes de ir a Castellón, haría una visita a Barcelona para entrevistarse con Jacob Meisser.

Como todos los domingos, en Zaragoza, José tenía reunión familiar, como era norma desde hacía muchos años. Una vez que Adela, había recogido la mesa en la que habían terminado de comer, y los niños se habían concentrado en la habitación de juegos que el abuelo les había preparado a sus nietos para que pudieran estar a

sus anchas, extendió sobre la mesa, la carpeta con la propuesta de su amigo el constructor, para la adecuación de la Casona de Castellón.

La carpeta era bastante voluminosa y contenía los planos de todas las intervenciones que había que realizar para adecuar la casa a los deseos del inspector. El presupuesto de las mismas alcanzaba una cifra importante: cerca de seis millones. Pero antes de abordar el tema financiero, José se empeñó en que vieran en primer lugar las soluciones técnicas aplicadas por el constructor y ver si les satisfacía plenamente a todos. No quería que el coste de la obra, les forzara a modificar lo que realmente quería. Sabía que sus hijos, se preocuparían por la cuestión económica, pues aunque imaginaban que su padre contaba con una buena situación económica, no querían que el coste de las obras, lo dejara sin sus posibles ahorros.

Estudiaron la propuesta del constructor y a todos les pareció perfecta. Entre todas las modificaciones ha realizar, había una que le hacía una gran ilusión a su padre. Se trataba de la biblioteca, situada en la primera planta, y para la que se había pensado que ocupara mas de la mitad del espacio de la misma. A ella pensaba trasladar los numerosos libros que tenía apilados en su casa de Zaragoza, porque quería proporcionarles un

espacio amplio y práctico. Había pensado en colocar estanterías ocupando totalmente de izquierda a derecha y de arriba a abajo, tres de las cuatro paredes de la biblioteca. En la pared libre, deseaba mantener la chimenea que se utilizaba para calentar la estancia anterior. Quería hacer de aquella biblioteca un lugar donde recogerse y concentrar su espíritu en una atmósfera tranquila y sedante. Y dentro de ella, un rincón con una mesa auxiliar donde colocar el ordenador y una mesa escritorio donde escribir, tarea a la que pensaba dedicar la mayor parte de su tiempo de jubilado.

Finalmente, todos coincidieron en admirar las soluciones aportadas por el constructor y estuvieron todos de acuerdo en que lo que se expresaba en aquellos planos, era justamente lo que todos deseaban. Llegaba el turno de tocar el tema espinoso: el coste de aquello y como financiarlo.

Sin embargo, José ya tenía todo pensado. Les comunicó que todo aquello se pagaría con la venta de algunas de las fincas que también había heredado, y que al parecer, los propietarios de las fincas colindantes con las suyas, ya se habían puesto en contacto con él, para interesarse sobre sus intenciones con respecto a las mismas. Como es natural, le manifestaron que si no

deseaba explotarlas y ponerlas en venta, que considerase a sus vecinos como los más interesados en comprarlas.

Así es que no solo podría financiar las obras, sino que encima le dejarían un remanente importante en su cuenta corriente. La noticia causó satisfacción a los presentes, y sin más, pasaron a comentar la próxima jubilación del inspector.

## Capítulo 4.

### 25 de Abril de 2010

Barcelona siempre le había parecido a Andreu una ciudad inhumana y nada acogedora. Le molestaba de sobremanera el incesante, ruidoso y multitudinario tráfico de coches, motos, bicicletas y personas. Le encantaba su ciudad, Lérida, porque tenía según su opinión, las dimensiones idóneas para vivir con comodidad y sin echar en falta comodidades y otras necesidades. No le faltaba de nada, y si alguien echaba de menos el “humo”, se daba un paseo por Barcelona, y arreglado.

Dejo el coche en un *parking* y se dirigió caminando hacia el *Carrer dels Templers*, en la parte antigua de Barcelona, cerca del Palacio de la Generalidad, en la *Ciutat Vella*, donde vivía un conocido suyo, pintor de profesión, y belga por más señas.

Jacob Meisser, era un pintor que, en opinión de Andreu, tenía una gran técnica y realmente pintaba extraordinariamente bien. Pero, como a todos los



pintores bohemios, le gustaba la buena vida y no pasar muchas calamidades, cosa ésta imposible de evitar, pues todos ellos malvivían entre venta y venta de algunos de sus cuadros.

Un día, un desconocido se le presentó portando un cuadro de pequeñas dimensiones que presentaba un rasgón importante en la tela, ofreciéndole tres mil pesetas, si le hacía una reproducción exacta del cuadro. Aquella propuesta le pareció, sencillamente maravillosa. Según parecía, y debido a un accidente, se había producido la rotura del lienzo, y dado el inmenso cariño que el propietario tenía al cuadro, aquel hombre estaba dispuesto a pagar una buena cantidad por sacarle del embrollo. Naturalmente, aunque las razones hubieran sido otras, le hubiera dado exactamente igual. En un par de días, terminó la copia, y fue tal la satisfacción de aquel hombre, que aumentó en mil pesetas lo ofrecido.

Para Jacob, fue como descubrir el Nuevo Mundo. Aquello le mostró una triste realidad: haciendo copias podía ganar bastante más dinero que vendiendo sus propias obras. Y así, poco a poco, fue introduciéndose en el mundo de la copia, y aunque muchas de las que le encargaban eran de cuadros de famosos pintores, no obedecían a intenciones delictivas, sino a la vanidad de algunos a colgar una *Gioconda* o una *Maja desnuda* en

las paredes de su casa. Pero aquella actividad, tal vez poco honorable para un artista como él, era muy lucrativa, hasta el punto de proporcionarle un buen nivel de vida. Pronto se fue haciendo con una cierta aureola dentro de ese mundillo de los copistas, con nivel de excelente y su fama corría de boca en boca, lo que le proporcionaba bastante trabajo muy bien pagado.

Una mañana, mientras pintaba en las Ramblas, cayó en la cuenta de que estaba siendo observado por un transeúnte. Dedujo que tal vez se tratase de un nuevo cliente que le observaba para comprobar si lo que le habían dicho acerca de sus cualidades era cierto. La cosa no tenía mayor importancia pero durante los días siguientes, lo siguió viendo por los alrededores observándolo.

Finalmente, una tarde se dirigió a él, entablando una conversación sobre pintura. Parecía estar versado en el tema, y la conversación se continuó en la mesa de un restaurante cercano, invitado por el desconocido. Tras explicarle que le habían hablado muy bien de su trabajo, no tardó mucho tiempo en comunicarle las razones por la que estaba interesado en hablar con él. Finalmente, le expuso la verdadera razón: le proponía realizar de vez en cuando copias de cuadros de autores no muy conocidos pero que tenían una gran valoración en el mercado. La

cosa tenía todo el tufillo de no ser muy legal, pero si en algún momento, pensó decir que no a la proposición, fue cosa de un instante, pues cuando oyó las tarifas que percibiría por aquella actividad, se plegó totalmente a la voluntad del anticuario. Y a partir de entonces se había creado entre ambos una relación de negocios que los tenía mutuamente satisfechos.

Cuando llegó al número 14, la puerta de hierro forjado estaba cerrada. Fue a pulsar el botón del 2A, pero estaba roto. Pulsó el del 1º y esperó a que preguntaran. Sin embargo, lo que oyó fue la chicharra del relé a la vez que la puerta se abría. Andreu, subió hasta el segundo piso dirigiéndose hacia la puerta que tenía la letra **A**, pulsando el timbre. Pasaron unos largos segundos, tras los cuales, se abrió la puerta del piso situado en frente de la del pintor, asomando por ella el rostro de una anciana.

— *¡Qué vol!*— dijo con una voz ronca e imperiosa, a la vez que su cara mostraba el disgusto que le producía la situación.

— Perdone señora — dijo Andreu — Lamento si la he molestado. Preguntaba por el señor Jacob Meisser.

— *No está. Ha sortit.*

— Ya veo. Y por casualidad, ¿no sabrá si regresará pronto?

— *No ho se. Segurament estarà pintant a les Rambles.* — dijo la anciana, a la vez que daba por terminada la conversación y cerraba la puerta con un portazo.

— Gracias por todo, señora— dijo Andreu, moviendo la cabeza.

Salió a la calle, y se dirigió hacia el Paseo de las Ramblas, donde esperaba encontrarlo. Por un momento, se alarmó al pensar que tal vez ya no viviera allí con lo que se le habría producido un gran problema. La calle desembocaba a las Ramblas y con presteza cruzó la vía de coches, pasando al paseo central en dirección a la Plaza de Cataluña. A ambos lados del paseo, y situados entre los numerosos quioscos de flores y prensa, se ubicaban numerosos pintores y comediantes que ofrecían a los paseantes muestra de su arte: mimos, acróbatas y pintores. Cercano al edificio del Liceo, vio a lo lejos una cabeza pelirroja de abundante cabello y que salvo sorpresa, pertenecería a Jacob. Con paso lento, fue aspirando el aroma de las flores que impregnaban la atmósfera hasta llegar a su altura. Sentado en su silla plegable, estaba realizando una caricatura a una nórdica entre las risas y comentarios de sus acompañantes, situados a la espalda del artista, observando por tanto, el resultado del posado. Se situó delante de él, y cuando

levantó la mirada para dirigirla a su modelo, se cruzó con la mirada de Andreu, lo que produjo un cambio sustancial en la expresión de su rostro, pasando de una profunda concentración en su trabajo a una gran sonrisa.

La reacción del pintor, le informó a Andreu de que era bienvenido, lo que solo podía significar que posiblemente estuviera pasando un momento de crisis en su producción de copias y por tanto en su situación financiera. Jacob se había acostumbrado rápidamente a la buena vida, y cuando le venían mal dadas, sufría extraordinariamente. Esperó a que terminara la caricatura, y una vez que hubo cobrado, recogió sus bártulos y se dirigió con la mano por delante hasta Andreu. Como era hora de comer, el anticuario lo invitó a un restaurante cercano y bastante barato, pero que daban de comer de maravilla. Ventajas que eso sí, tenía Barcelona sobre su Lérida.

Buscaron un lugar apartado para poder hablar de sus cosas con tranquilidad e intimidad. Una vez que hubieron pedido la comida, Andreu tomó la palabra.

— ¿Que tal te va?— preguntó

— Bueno, no me puedo quejar — dijo Jacob con una pronunciación que parecía salir del fondo de la garganta.

— Voy haciendo *cosillas*, y últimamente, con las caricaturas me gano la vida bien.

— ¿Y te dedicas a tu pintura? ¿Tienes obras nuevas?

— El último cuadro lo terminé hace casi un año. No encuentro la inspiración últimamente...— Jacob calló, pues el camarero traía los entrantes, guisantes con jamón para Jacob y ensalada para Andreu.

— Lo lamento, pero ya se sabe, la inspiración es bastante infiel, tan pronto te sonrío como te abandona. El caso, es que tengo un trabajo que encargarte y que nos será muy beneficioso para ambos.

— ¿Cuánto?— preguntó directamente Jacob, lo que confirmó a Andreu que realmente lo había pillado en mal momento y necesitaba dinero.

— Para ti, diez mil euros— dijo Andreu, mirándolo fijamente, esperando su reacción. Jacob se quedó con el tenedor a mitad de camino entre el plato y su boca, y la mirada fija y asombrada puesta en Andreu.

— ¡Diez mil euros! ¿Y mi parte?— dijo.

— Pues diez mil euros. Esa es tu parte. — dijo Andreu sonriendo.

Jacob dejó el tenedor sobre el plato y miro a su alrededor como asegurándose de que nadie les estaba escuchando.

— Andreu — dijo — Yo me dedico a pintar no a asesinar — terminando el chiste con una sonrisa.

— Si asesinaras tan bien como pintas, creo que ampliaría el negocio — le siguió la broma el anticuario.

— ¡Diez mil! — Jacob parecía haberse olvidado de la comida— ¿Y de que se trata?

— Tienes que hacer una reproducción de un *Quentin Massys* que he encontrado en un pueblo de Huesca.

— ¿Un *Massys* en Huesca? Ciertamente se supone que hay obras suyas que todavía se desconocen, pero...

— Pues sí. La misma sorpresa me lleve yo. Estoy seguro casi al 100% de que se trata de un *Massys*.

— ¿Y qué tema tiene el cuadro?

— Se trata de un *Ecce Homo* magnífico. Lo descubrí por casualidad en un pueblo de la provincia de Huesca, al pie de los Pirineos. De ese cuadro, según se decía le habían encargado dos copias, cosa que estaba sin confirmar. Hasta ahora. En Madrid, en el Museo del Prado, está la que conocíamos. Y si esta se confirma que es de *Massys*, se confirmarán también los dos interrogantes.

— *Massys* hizo dos cuadros con el *Ecce Homo*. Uno grande y otro más pequeño. ¿De cuál se trata?

— Del grande. El que se conoce como *Cristo presentado al Pueblo*. — Jacob emitió un contenido silbido de admiración. — ¿Y cuándo hay que comenzar?

— Bueno, habrá que esperar, aunque no mucho. Primero quería saber si estabas disponible para realizar el trabajo. Ahora que ya estamos de acuerdo, dentro de unos días pasaré de nuevo por Castellón y le haré cien fotos al cuadro, para que puedas trabajar con todo detalle.

— ¿Y no sería mejor que fuera contigo a verlo, por aquello de verlo al natural?

— Posiblemente, pero por el momento, prefiero que el párroco no conozca a más gente. Haré las fotos, y si luego consideras que te sería necesario verlo *in situ*, pasaríamos un día a verlo.

— Ya. ¿Y podrías hacerme un adelanto? Tengo algunas deudas que pagar y...me vendría bien cancelarlas.

— Ya pensaba. ¿Te parece bien doscientos euros?

— Mejor que sean quinientos. Así tengo para ir tirando un poco después de pagarlo todo.

— Por cierto, ¿aun sigues fumando tras paquetes al día? — dijo Andreu.

— Pues sí. Y como siempre de Phillip Morris. Este vicio me lo tengo que quitar. Además de caro, me produce asma.

— Pues cuídate, que el tabaco tiene malas consecuencias.



Andreu sacó de la cartera los quinientos euros y se los dio a Jacob. Este los cogió con rapidez y se los guardó en una especie de cartera rodeada con gomas elásticas. Luego, ambos se aplicaron a la comida que les esperaba en el plato. Entre plato y plato, el anticuario le fue comentando el plan que quería seguir para hacerse con el cuadro. Jacob, asentía en silencio y en su interior se preguntaba cuánto ganaría aquel desalmado, si a él le daban diez mil euros.

## Capítulo 5.

### 2 de Mayo de 2010

Era domingo y la iglesia de Castellón presentaba el aspecto semivacío de todos los domingos del año, a excepción de cuando llegaba el verano que era cuando se llenaba de feligreses. Los naturales del pueblo que volvían a sus raíces todos los veranos y los turistas que cada año aumentaba su número. Don Elías salió de la sacristía para decir la misa dominical, y como era su costumbre, paseó la mirada por los asistentes a la Eucaristía en un rápido *pase de lista*, cuando sus ojos se fijaron en un asistente nuevo, lo que le produjo una verdadera sorpresa. Pasado un segundo, cayó enseguida en la cuenta de que se trataba del anticuario experto en construcciones del románico y en arte sacro. Recordó con agrado la conversación que habían tenido hacía unos días. Le había parecido un hombre culto y conocedor en profundidad de las obras antiguas. Recordó también que le había prometido una visita.

Cuando llegó el momento de dar la comunión, el de Lérida (recordaba su procedencia, pero no se acordaba del nombre), pasó a comulgar, lo que le produjo una gran satisfacción interna y aumento su estima por él. Él no lo sabía, pero París, bien vale una misa.

Una vez terminado el oficio se cambió la ropa de oficiar por la de calle abandonando la sacristía y pasando directamente a una de las naves laterales del templo. Los fieles ya habían abandonado la iglesia, a excepción del anticuario como ya se había imaginado. Este aguardaba sentado en uno de los bancos esperando que apareciera el párroco, contemplando las columnas y los arcos fajones de medio punto que sustentaban todo el entramado de la iglesia.

Don Elías se acercó a él con una sonrisa y la mano extendida.

— ¡Qué hay de bueno, don Andreu — dijo, pues había tenido la precaución de leerse la tarjeta de visita que tenía en la sacristía!

— Ya ve, don Elías, haciéndole una visita, y si me lo permite, me gustaría invitarle a comer, para que luego me permitiera tomar unas fotografías del templo y algunas de las cosas que he visto muy interesantes. En especial del cuadro del *Ecce Homo*.

— Sí, ya me pareció que le gustaba nuestro *Ecce Homo*.

— Es que me parece una maravilla. Bueno, que dice a mi invitación de comer. Yo estaría encantado de gozar de su compañía para seguir hablando de nuestros temas.

Don Elías estaba encantado. Aceptó sin oposición alguna y acompañó al anticuario hasta el *Audi* que tenía aparcado en la Plaza de la Iglesia.

— Vamos a ir a un mesón que está a uno o dos kilómetros de aquí y del que me han hablado maravillas. *El Jabalí*, creo que lo llaman.

— ¡Ah, *El Jabalí*! Si es verdad, pero le advierto que son un poco careros y le va a salir la invitación por un *pico*.

— No se preocupe. A Dios gracias, aún me puedo permitir invitar a un amigo, si me permite llamarlo así, sin que se me resienta el bolsillo.

— Bueno. Usted manda. Después de la comida, volveremos y podrá hacer esas fotos que desea.

Durante la comida hablaron de arte y del patrimonio guardado en las iglesias bajo el desconocimiento general de todos, intelectuales incluidos. Fue una conversación que versó sobre muchos temas, incluido el de la modernización que algunos sacerdotes jóvenes acometían en sus parroquias. Dada la

dualidad amoral de Andreu, no tuvo inconveniente en criticar los excesos que cometían algunos anticuarios, colegas suyos, aprovechando el desconocimiento de los jóvenes sacerdotes sobre los tesoros que tenían encerrados en sus iglesias. Satisfechos por la agradable velada, regresaron a la iglesia, dónde Andreu tomó una gran cantidad de fotografías de todo el templo y de las imágenes y pinturas murales, con su cámara *Canon Reflex EOS 500D* de última generación capaz de tomar fotos de 15.1 Megapíxeles, es decir con una gran resolución, observado atentamente por don Elías. Finalmente se dedicó en profundidad al cuadro, al que fotografió desde todas las posiciones y distancias.

Durante la comida, Andreu le comento a don Elías su sospecha de que la autoría del mismo se debía a un pintor flamenco del que se conocían unas cuantas obras en España. Pero a falta de la firma, necesitaba estudiar en profundidad la composición, color, trazo y pequeños detalles que solo se podían apreciar con una lupa. Le habló también de que existían programas informáticos que ayudaban a reconocer trazos y rasgos que podían pasar desapercibidos al ojo humano.

Don Elías, escuchaba al anticuario embobado. Aquel hombre era un saco sin fondo, repleto de conocimientos de todo tipo y puesto al día de las más modernas

técnicas. Todo lo contrario a él, que todo aquello le sonaba distante e imposible para sus cortas *entendederas*. Cuando se despidieron, le rogó que lo mantuviera informado de sus pesquisas, quedando hasta una próxima ocasión. Luego cerró el templo y se dirigió a su casa. Estaba feliz y contento porque el domingo había transcurrido plácida y agradablemente.

## **Capítulo 6.**

### **3 de Mayo de 2010**

Era el día. Dos furgonetas, que portaban letreros que anunciaban una empresa de construcciones, transportaban a los ocho operarios que se iban a encargar de las obras en Casa Laguardia. Venían de Zaragoza, dispuestos a iniciar unas obras de acondicionamiento en un tiempo récord. Entre ellos había albañiles, fontaneros, electricistas y carpinteros. Además de las dos furgonetas, en las que viajaban los operarios y algunos arcones con herramientas, vino también un camión en cuya caja, podían verse las barras para montar un andamio, tablones, plásticos y una máquina de hacer hormigón pequeña, además de unos palés de sacos de cemento y yeso. Además, el día anterior, un camión había traído un par de contenedores, uno para depositar los escombros y otro lleno de grava con el que fabricar hormigón, dejándolos en la calle, al lado de la casa.

Dirigía las obras un arquitecto técnico quien llevaba en una carpeta los planos y correspondientes permisos para ejecutar las obras. Según lo previsto, en un mes deberían estar acabadas. A su lado, José, quien abrió la puerta de la casa y luego le entregó las llaves al Director de la obra.

La noticia sobre el inicio de las obras en Casa Laguardia, se extendió rápidamente entre los habitantes de Castellón, preguntándose entre ellos si Casa Laguardia habría cambiado de propietario.



## Capítulo 7.

### 6 de Mayo de 2010

Andreu había llamado por teléfono a Jacob y habían quedado en la plaza de Canaletas, junto a la Plaza de Cataluña, para verse y comentar el asunto que tenían entre manos, concretamente un restaurante llamado *Rambles*.

Jacob Meisser, tenía cuarenta años y había nacido en un pequeño pueblo cercano a Bruselas, *Grimbergen*. Muy pronto destacó por su capacidad para el dibujo, ganando varios premios en competiciones escolares. A la edad de diecisiete años, ingresó en la *Académie royale des beaux— arts* de Bruselas, donde destacó por su gran facilidad para el trazo, y la exquisitez de la composición, y su fantástica facilidad para emular los estilos pictóricos de los más afamados pintores de la historia. También destacaron sus profesores, una cierta tendencia al desánimo y un cierto rechazo al esfuerzo continuado.

Cuando abandonó la *Académie*, cinco años después con grandes calificaciones, se dedicó de lleno a pintar

con la intención de vivir de ello, pero no contaba con las dificultades que se iba a encontrar. A lo largo de los años, había intentado varios estilos, sin que lograra vender muchos de los cuadros que pintaba, que finalmente regalaba a amigos o a acreedores a los que debía dinero, ya fuera el casero o el dueño del bar donde solía comer y cenar. Su falta de definición y el no apostar por un determinado estilo, le produjo un estado de ansiedad que le llevó a culpar a los demás de su falta de éxito. Trabajó también durante un par de años, con galeristas belgas que le proporcionaban trabajo y encargos, por lo que su conocimiento del entorno del coleccionismo de Bélgica fue muy amplio.

Con treinta y cinco años, decidió cambiar de aires, emigrando a Barcelona, de la que tenía muy buenos informes de algunos pintores amigos y que llevaban ya varios años viviendo en la ciudad condal.

Al principio, la suerte pareció haber cambiado, a la vista del aumento de ventas de los cuadros que mostraba en la Rambla de las Flores, y en los dibujos y caricaturas que realizaba sobre la marcha a los paseantes que en gran número deambulaban por el paseo barcelonés y que se lo solicitaban.

Pero tampoco aquello fue duradero ni fue en aumento, sino que comenzó a languidecer ante su

desesperación. Un día, un desconocido le propuso realizar una copia de un cuadro que portaba y que presentaba un *siete* en el lienzo. Cuando entregó la copia al cliente, el precio que recibió por ello le puso de manifiesto que había formas de vivir de la pintura mucho más lucrativas que vender el propio arte. Pocos meses después, realizaba copias de todo tipo de cuadros para marchantes y particulares, creándose un cierto prestigio dentro del mundo del arte, llamémosle menos *glamouroso*.

Cuando conoció a Andreu, estableció con él una cordial relación de amistad— negocios, que aunque no muy activa, si que le proporcionaba buenos ingresos.

Estaba sentado en la terraza del restaurante *Rambles*, cuando vio llegar a su amigo. Se levantó para ir a su encuentro con la mano extendida y una amplia sonrisa en la cara. Estaba ansioso por ver las fotografías, y corroborar si en efecto se trataba de un *Quentin Massys*, lo cual sería algo extraordinario....y muy lucrativo.

— Buenos días, Andreu. *¿Comment vas— tu?* — le gustaba mezclar expresiones en francés.

— Muy bien. Oye, ¿qué te parece si entramos dentro?

— *¡Parfait!* Por supuesto.

Pasaron al interior donde un camarero les ofreció una mesa al fondo del comedor, junto a una ventana que daba a un jardín interior. Pidieron algo de picar, antes de pedir la comida, y esperaron a que el camarero les trajera las cervezas y dos boles con cacahuetses y almendras con sal. Despejaron un poco la parte de mesa que había entre ellos dos, dejando las consumiciones a un lado y Andreu sacó de su bolsa un conjunto de fotografías, veinte en total impresas a todo color y un *pendriver* que contenía las fotos en formato *jpg*.

En cuanto que Jacob posó sus ojos sobre ellas, tuvo la misma impresión que Andreu el día que lo vio por primera vez. Comenzó a mover afirmativamente la cabeza, ante la mirada de Andreu que esperaba también su reacción.

— *¡Mon Dieu! ¡Es un Quentin Massys! Sin lugar a dudas.*

Andreu sonrió. Todo iba por buen camino.

— ¿En qué te basas para afirmarlo tan rotundamente, sin apenas haber visto las fotos?

— ¡Ah, amigo mío! Es el ojo del artista. Hace falta ojos belgas para ver el trabajo de otro belga. Eso, y este símbolo que hay en este plafón, encima de la cabeza de Pilatos. Es el símbolo de Géminis, los gemelos.

— ¡Lo sabía! Sabía que debía buscar algo, pero no recordaba qué. ¡Claro, ahora es evidente!

— Bueno, no tanto, si no tienes a los dos delante. Con seguridad, en el cuadro de Madrid, en este plafón habrá otro motivo estilísticamente parecido.

— ¿Y cómo lo ves? ¿Te ves en condiciones de realizar la copia?

— ¡Naturalmente! Sin ninguna duda.

— Tiempo. ¿Cuánto tiempo te llevará hacerla? No creas que te estoy metiendo prisa, pues comprendo que llevará su tiempo. Es simplemente para hacerme una *línea del tiempo* para planificar los contactos para su venta y demás.

— ¿Ya tienes comprador?

— No. Tengo varios candidatos. Pero de fijo nada.

— ¿Españoles o extranjeros?

— Españoles. No hay que cruzar fronteras.

— Ya. Pues como te dije, el hecho de pintarlo, será cosa de un mes, pero eso a partir de que me haga con los materiales necesarios, como son pinturas confeccionadas con los procedimientos y materias existentes en los siglos XV— XVI, la madera, que deberá estar bien seca, y luego, una vez pintada, proceder a su secado, porque si no, corremos el riesgo de que cualquiera que pase el dedo por el cuadro se le quede tizado de pintura. En fin

Andreu, déjame que me haga con el material, que me llevará algún tiempo, y entonces te llamo y a partir de ese momento, puedes planificar lo que sea.

— Ni que decir tiene, que emplees el tiempo indispensable para su realización. Sin prisas pero sin pausas. Por lo demás, me vendrá bien algo de tiempo para encontrar al comprador idóneo y planificar el modo de sacar el original de la iglesia de Castellón, que más o menos ya lo tengo pensado, pero debo confirmar ciertas cosas todavía. Cuando lo tenga perfilado te lo contaré.

— Por cierto, me vendría bien algo de dinero para comprar los materiales.

— ¿Cuánto te parece bien? Por supuesto, estos gastos van a cuenta del proyecto, no de tu “sueldo” — dijo Andreu con una cierta sonrisa para incidir en la broma.

— Pues mil quinientos euros. Esas cosas son caras y además hay muy pocos proveedores de eso. Afortunadamente en Barcelona hay un par de ellos. — respondió Jacob, a quien no le había hecho mucha gracia, la “*gracieta*” de su socio.

Andreu sacó la cartera y le dio dos mil euros, en cuatro billetes de quinientos. Jacob arqueó las cejas de puro asombro, a la vez que lo miraba a la cara.

— Guárdalo para que puedas alquilar un coche la próxima vez que nos veamos en Lérida.

— Vale.

Jacob recogió las fotos y el *pendriver* que guardó en su mochila, y Andreu le hizo un gesto al camarero para que viniera a tomarles la comanda.

Dos horas después se despedían y quedaban en llamarse por teléfono para ponerse al día de acontecimientos.

De camino hacia su casa, Jacob iba dándole vueltas a lo que consideraba un acto de desconfianza de su socio al no querer decirle quien era su comprador, cosa que estaba convencido de que ya lo tenía elegido. Nuevamente pensó en los diez mil euros que iba a cobrar por su trabajo. Y nuevamente pensó en cuanto sacaría aquel negrero por su trabajo. Aceleró el paso para llegar cuanto antes a su casa y poder ver tranquilamente las fotografías. Pasaría los archivos del *pendriver* a su disco duro, y desde allí podría verlas con un detalle mayúsculo en su pantalla del ordenador. Las fotografías impresas le servirían para comprobar y cotejar el conjunto.

## **Capítulo 8.**

### **8 de Mayo de 2010**

Desde que José había encargado a su amigo, la ejecución de las obras de remodelación de su casa de Castellón, vivía con ilusión cada momento. Cómo era sábado, le preguntó a Adela, quien ya se encontraba completamente restablecida de su gripe, si le apetecería acompañarle a Castellón para echar un vistazo a las obras, y de paso comerían fuera. Sus hijos no podían acompañarlo debido a las actividades deportivas de los pequeños en sus respectivos colegios.

Sobre las diez de la mañana partieron hacia Castellón al que llegaron, cerca de la una de la mañana. Aparcaron enfrente de la casa, y pudieron ver los andamios exteriores. Abrió la puerta y se encontró con el zaguán completamente ocupado con sacos de yeso y de cemento, arena, baldosas y ladrillos. También había una máquina mezcladora para hacer las amasadas de hormigón y multitud de herramientas, dispuestas con un



cierto orden, pero que ocupaban toda la extensión del zaguán.

Adela movió la cabeza, pensando en cómo dejarían todo cuando se fueran los albañiles. Temía que le tocara a ella pelear con todo aquello. José, al ver la expresión de su cara, intuyó sus pensamientos.

— Cuando esta gente termine, entrará una empresa de limpiezas que lo dejará todo en perfecto orden de revista.

El ama de llaves reflejó en su cara una sonrisa de alivio a la que le correspondió con otra José, al darse cuenta de que en efecto, le había adivinado los pensamientos.

Luego, le fue mostrando la casa. Abrieron todas las puertas para ver en su interior. El antiguo cuarto de herramientas estaba perfecto: las paredes las había enyesado y mostraban un impoluto color blanco. Entraron en el patio interior, y aquello estaba igual que la vez anterior. Todavía no había intervenido la empresa de jardinería, tal vez porque hasta que no terminaran las obras no intervendrían. Se dirigieron hacia las higueras que presentaban una buena cosecha, sobre todo la que daba brevas, y que para junio ya podrían probarlas. Adela se alegró de la existencia de las higueras. También a ella le traían agradables recuerdos de su niñez.

Pasaron al interior de la casa y ascendiendo por las escaleras llegaron a la primera planta. Adela se adentró en la cocina mientras que José se dirigió hacia la biblioteca. Cuando entró, lo primero que le causó fue una sensación de enormidad. Habían tirado un tabique y habían juntado dos amplias estancias dejando una extensión de cien metros cuadrados, libre de obstáculos y con las paredes enyesadas. A la izquierda, la enorme chimenea presidía toda la estancia. En ese rincón quería José que se instalasen las mesas de trabajo y la zona de reposo y lectura, frente a la chimenea. El resto, dedicado a los anaqueles donde colocar la gran cantidad de libros que poseía. Quería que los anaqueles cubrieran todo el perímetro de la biblioteca, a excepción de la zona de estudio y lectura cercana a la chimenea. Tras darse una vuelta, salió en busca de Adela.

Esta se encontraba en la cocina maravillada de las dimensiones y sobre todo le gustó la alacena que consistía en una pequeña habitación, donde colocar los alimentos y vajillas y complementos necesarios.

— José, esta cocina es preciosa y espaciosa — Adela siempre lo llamaba José, desde que la aparearon del usted, el primer día que entro al servicio del matrimonio Laguardia.

— Sí. Y cuando estén instalados todos los electrodomésticos cambiará todavía parecerá mejor.

Continuaron con la inspección, llegando a la conclusión de que las obras avanzaban a un muy buen ritmo y que estarían terminadas en el plazo previsto. José tomó nota de algunas observaciones de Adela, para comentárselas al constructor y que las incorporaran a las tareas por hacer.

Cerraron la casa, y se fueron camino de la Iglesia para ver si podían ver a don Elías, el párroco. Adela se santiguó tomando agua bendita de la pila situada a la derecha de la entrada y santiguándose a continuación. José hizo algo parecido a una cruz con la mano y se adentraron en la silenciosa y solitaria iglesia.

Al parecer no había nadie, por lo que José se dirigió hacia la sacristía mientras Adela tomaba asiento en un banco y musitaba unas oraciones.

José encontró al párroco en un pequeño cuarto, junto a la Sacristía que hacía las veces de oficina y donde Elías, despachaba los asuntos administrativos y de índole interna de su parroquia. Estaba sentado delante del ordenador peleando con el programa *Windows* y el *Internet Explorer*. Al sentir que alguien abría la puerta de su despacho, levantó la cabeza tratando de identificar a la persona que pedía permiso para entrar.

Tras unos segundos de indecisión, el extraño se dirigió al él.

— Buenos días *Curita*.

Al oírse mencionado así, comprendió a quien tenía delante.

— ¡Hombre Laguardia! ¡Cuántos años sin vernos, Comisario!

Se levantó rápidamente dirigiéndose hacia José con los brazos abiertos, y ambos, se saludaron con entrañable afecto.

— Pues hace unos pocos, pero eso va a cambiar.

— ¿Cómo es eso, José?

— Pues qué va a ser Elías, que por fin me ha llegado el tiempo de jubilarme.

— ¡Ah, amigo, la edad no perdona!

— A nadie. Pues sí mosén, el 16 de julio, último día de trabajo.

— Bueno, es ley de vida. Ahora tendrás tiempo para dedicarte a otras cuestiones y a otras aficiones. Y entre ellas, visitarme más a menudo, *colegial*.

José sonrió al oír lo de *colegial*, porque recordó que así lo llamaba Elías, ya párroco de Castellón, en los tiempos de cuando José vivía en Zaragoza en la Universidad y visitaba el pueblo durante las vacaciones de verano.

— Exactamente. Además he decidido venirme a vivir largas temporadas a Castellón.

— ¡Claro, por eso están los albañiles en tu casa! Pues oye, me das una alegría que *ni pa qué*. Aquí en este pueblo, no hay mucha gente con la que tener una conversación un poco elevada, salvo don Félix, otro jubilado anticipadamente que vive en una pequeña casa a las afueras y que ya te presentaré, porque es todo un personaje. Ha sido, o mejor, es, médico cirujano y es bastante entendido en arte y mil cosas más.

— Me parece muy bien. Otra cosa, Elías. Te invito a comer y así nos pondremos al corriente de las cosas del pueblo. Qué me dices.

— Encantado colegial. ¡Vaya que alegría me has dado hoy! Voy a coger el sombrero porque me parece que hace frío.

— Sí, un poco. Oye veo que estas al día en informática con Windows e Internet. Esto que es, ¿cosa del Concilio Vaticano?

— No te lo tomes a broma. Que Dios me perdone, pero hay curas que se han vuelto locos con esto de modernizar las iglesias.

Salieron al templo, y José le presento a Adela como su ama de llaves, quien se puso un tanto nerviosa ante la

presencia del párroco, vestido con una sotana negra desde el cuello hasta los pies.

— ¿Siempre está así la iglesia? Quiero decir, vacía.

— Sí, salvo los domingos y fiestas de guardar que entonces se llena a medias. Y para el verano, lleno completo. Siempre está abierta, no fuera a ser que algún feligrés tuviera la ocurriera de querer venir a rezar y se encontrara cerrada la iglesia. Vamos, como para no volver. Por la noche la cerramos para que no se cuele alguien con malas intenciones. La casa del Señor debe de estar siempre abierta. ¿Ves? Tenemos aquí las llaves, detrás de la puerta. — dijo Elías señalando unas llaves enormes que colgaban de una escarpia de uno de los paneles de la puerta.

Durante la comida hablaron largo y tendido sobre multitud de cosas.

— Bueno y cómo ves tu a la Iglesia en los tiempos actuales — preguntó José.

— Pues que esto es como todo. La Iglesia, naturalmente que tiene que evolucionar, pero no puede hacerlo a la velocidad que podría hacerlo otro tipo de entidad. No debe, debido a la materia de su misión en la tierra. La Iglesia tiene que dar siempre pasos hacia adelante, pero muy cortitos. No es bueno esa fiebre que les ha entrado a los jóvenes de arrinconar nuestras viejas

y venerables tradiciones, con el pretexto de que están pasadas de moda, o que imprimen *viejud* a nuestros templos, y por tanto a la Iglesia. Ahora miran un Cristo de la Pasión, o una Virgen María, o un San Antonio, tallas magníficas, y no ven absolutamente nada. Ni lo que representa ni el amor y el arte que encierran. No sé qué les pasa.

Adela, asentía con la cabeza y la expresión seria. Coincidió en todo con don Elías. José, tenía una cierta expresión de estar divirtiéndose con las palabras de su amigo, el párroco.

— No te sonrías José. Sabes muy bien que estoy en lo cierto. Ahora entras en una iglesia de barrio en las ciudades, y te parece que entras en una exposición. Luz a raudales, paredes pintadas de colores, y cuatro cuadros o imágenes que no sabes lo que son o representan. Y dicen que así van a meter a los jóvenes en las iglesias. Lo dudo. Lo primero que debe hacerte sentir al entrar en un templo de Dios, es recogimiento, sensación de paz, estimular lo positivo. Y eso se consigue a base de ver la historia reflejada en sus muros, en sus paredes, en sus imágenes. Cosas con antigüedades de cientos de años y que siguen ahí, presentes, para que tu las contemples. Testigos mudos de acontecimientos pasados. Ante todo eso, uno se hace más pequeño, menos soberbio. Y esa es la

actitud adecuada que se debe tener cuando uno va a un templo de Dios.

José estaba sorprendido por la parrafada. Ahora la que sonreía era Adela, maravillada del verbo de don Elías.

— Bueno hombre. Yo me refería más bien al papel de la Iglesia ante los retos actuales.

— Mira José. La Iglesia, con mayúscula, no puede ir nunca por delante de los acontecimientos, nunca. Si, si, ya sé lo que vas a decir. El progresismo no es aceptable. Debemos ir a remolque, tratando de dar soluciones muy meditadas a los retos que nos plantean la sociedad y la vida misma. Yo estaría horrorizado si un papa empezara a dogmatizar sobre problemas a priori, porque eso significaría apostar por algo que puede o no puede ocurrir. Y no te digo nada, la que se armaría si la solución fuera peor que el problema. No, no, de ninguna manera. Creo que en efecto la iglesia se debe posicionar sobre todas las cosas, pero manteniendo sus criterios y aceptando que nunca serán aceptados por todos.

Bien entrada la tarde, se levantaron de la mesa. Dejaron a don Elías en la puerta de la iglesia, y José y Adela, iniciaron camino de retorno a Zaragoza.



## Capítulo 9.

### 12 de Mayo de 2010

Jacob desayunaba en un bar que se encontraba frente al Museo del Prado, haciendo tiempo para que dieran las nueve de la mañana, hora en la que el museo abría las puertas al público. En el bolsillo de su americana, llevaba ya el billete de entrada. Le había costado diez euros y estaba incluido una *turné general* y visita a la sala de Goya con guía incluido. Dicha *turné* tendría lugar a las 17,45 según se decía en el *ticket*. A pesar de que su objetivo era ver el cuadro *Dios presentado al Pueblo*, de *Quentin Massys*, quería aprovechar para ver uno de los Museos que más le gustaban y un pintor que consideraba por encima de la inmensa mayoría: Francisco de Goya, que, cosas del destino, era aragonés, como Castellón, que guardaba un tesoro en forma de pintura.

Quería ver de primera mano el original, y tomar algunas notas. Para ello, incluso había pensado pasarse varios días en Madrid si fuera necesario, por lo que se

hospedó en una pensión cerca del Museo. Quería estudiar en profundidad el trazo y el color real utilizado por el maestro de Lovaina.

Cuando se hizo la hora, dio el último sorbo a su café, y con paso decidido, salió al Paseo del Prado y continuó por la acera hasta colocarse enfrente mismo del museo. Luego, cruzó poniendo mucha atención a los coches que venían, primero desde la izquierda, y posteriormente, pasado el peatonal paseo central, por la derecha.

Entró en el museo mostró su entrada, donde le indicaron que era muy pronto para su visita. Una vez les explicó que era perfecto conocedor del hecho, subió hacia la segunda planta, donde según le habían indicado estaba el cuadro de *Massys*.

Era esplendoroso, brillante, emotivo y emanaba furor religioso. Contrastaba la mirada y el gesto airado de que le flagelaban e insultaban al Ecce Homo, con la solemnidad e impasibilidad de quien le condenaba, Pilatos y otros que aparecía con expresión muda, asistiendo a la ignominia. Lentamente se fue acercando hasta colocarse a escasos centímetros del mismo, observando como la empleada del museo se activaba con la mirada fija en él, pendiente de sus movimientos.

Como esperaba, sobre la cabeza de Pilatos, había un plafón que representaba unas espigas en forma de equis,

que asemejaba de alguna forma el símbolo de géminis consistente en dos semicírculos, uno arriba y otro abajo, unidos por dos líneas. Dio unos pasos hacia atrás para observar mejor la composición general. Vio que la empleada ya había vuelto a la posición de alerta pero menos. Como deseaba sacar un cuaderno para hacer algunas anotaciones, y con el fin de no alarmar a la vigilante, se dirigió a ella para informarle previamente de lo que iba a hacer. Tras mostrarle el portaminas de mina gruesa y la libreta, le solicitó la correspondiente autorización que obtuvo.

Se sentó en un banco que casualmente estaba frente al *Massys*. Tomó nota de algunos detalles, con total maestría y al cabo de un rato, observó como la vigilante se acercaba discretamente y echaba un vistazo a los apuntes. Le debió de gustar bastante, pues cuando Jacob se volvió hacia él, le hizo un gesto con la mano poniendo el pulgar hacia arriba, a la vez que le hacía un gesto de satisfacción con la cara.

Estuvo bastante rato observando el cuadro, ora lejos, ora cerca, lo que le llevo a realiza más de veinte bocetos y cinco o seis hojas de apuntes. Luego se le ocurrió algo y levantándose se dirigió a la empleada que atendía la sala.

— Perdone. ¿Dónde podría solicitar una autorización de Copista?

— En el mostrador de entrada al Museo, en la planta baja. Le darán un impreso y una vez rellenado lo entrega y ya le avisarán.

— Aja. ¿Es rápido el procedimiento? Es decir, ¿podré saber pronto si se me concede o no?

— Pues depende. Verá, por lo que usted me comenta deduzco que nunca ha solicitado un permiso de Copista, ¿me equivoco?

— En absoluto.

— Ya. Pues bien. La primera vez le pedirán que muestre credenciales de sus estudios, o si es extranjero, ¿acierto de nuevo?

— Pues sí. Lleva usted un pleno de aciertos — dijo con una sonrisa a la que correspondió la vigilante.

— Pues como le decía, tal vez fuera necesario un documento de su Embajada. Si todo ello es satisfactorio, casi le puedo asegurar que el permiso se lo concederías. Ahora bien, otra cosa sería la fecha en la que se lo asignarían, que pudiera tratarse de varios meses.

— No cuento con tanto tiempo. ¡Lástima! Ha sido usted muy amable, señorita.

Miró su reloj y comprobó que era hora de comer. Se levantó, recogió sus apuntes, y tras saludar a la vigilante,

abandono el museo camino de un bar cercano donde comería. Antes de salir, pregunto en recepción por las condiciones existentes para solicitar un puesto de Copista. Las explicaciones coincidieron punto por punto con lo que le había dicho la joven de la sala de *Massys*. No obstante, pidió un impreso que le fue entregado.

Tras regresar a su pensión, decidió asistir durante tres o cuatro días al Museo, para seguir tomando notas sobre el cuadro. La posibilidad de hacerlo como copista no era viable por los plazos de tiempo que serían necesarios, aparte de la obtención de permisos y demás papeleo. Le hubiera gustado probar las mezclas de color con la paleta, teniendo los colores originales delante de él. Por lo demás, la distribución y composición, las tenía perfectamente resueltas con las fotos y las notas que tomaba en la sala.

A primeras horas de la mañana y tras cuatro días de estancia en Madrid visitando el Prado, en la que pudo tomar todas las notas y bocetos que necesitaba (tuvo tiempo además para hacer amistad con la vigilante), inició el regreso hacia Barcelona, pero haciendo un desvío a su llegada a Zaragoza, tomando la carretera camino de Castellón.

Deseaba conocer por si mismo la situación del pueblo y sobre todo, ver el cuadro. Deseaba ver con sus

propios ojos, entrenados durante cuatro días en Madrid, las posibles diferencias entre ambos cuadros. Con ello, daría por terminada la fase de información y planificación del trabajo.

## **Capítulo 10.**

### **15 de Mayo de 2010**

José se encontraba en Castellón visitando las obras de su casa. Realmente los obreros estaban trabajando a buen ritmo porque ya se comenzaba a ver los resultados que había imaginado. Recorrió con tranquilidad todos los rincones de la casa, dejando para último lugar su preferido: la biblioteca.

Cuando paso el dintel de la puerta doble que daba acceso a la misma, observó que allí las obras ya habían terminado. Los escayolistas habían terminado de poner el falso techo donde se ubicarían los tubos del aire acondicionado y había colocado las molduras que rodeaban todo el perímetro de la sala. El suelo estaba limpio, y al fondo a la derecha, muchas cajas que contenían las maderas del suelo y otras que contenían parte de los muebles que luego se tendrían que montar. Todavía no habían traído los sillones ni las estructuras de las librerías que cubrirían las paredes de la biblioteca. Quedó completamente satisfecho de cómo iban las cosas.

El jardín, seguía exactamente igual que al principio. Y como siempre le echo un vistazo a las higueras. Ya se acercaba el tiempo en el que podría saborear tan jugosos frutos.

Cerró la puerta, y se dirigió hacia la iglesia para verse con don Elías, el párroco e invitarlo a comer. Cuando entró en el templo, vio a su amigo, hablando con otra persona delante de un cuadro. Se dirigió hacia ellos, y don Elías cuando se dio cuenta de su presencia, le dijo algo a su interlocutor señalando a José.

— Hola José — dijo

— Hola — respondió José.

— Mira, te quiero presentar a Félix, un buen vecino y asiduo visitante de nuestra iglesia y sobre todo, de este cuadro.

José y Félix se saludaron intercambiando una sonrisa.

— Pues yo venía a invitarte a comer, y si Félix quiere estaré encantado de que nos acompañe.

Félix hizo un amago de rechazar la invitación, pero don Elías abortó el movimiento, aceptando por ambos la invitación de José. Resignado, Félix acepto.

Se fueron al bar de costumbre, y tomaron asiento en una mesa junto a una venta que daba a la plaza. Don



Elías, tomo la palabra para presentar a sus dos compañeros de mesa.

— Pues aquí don Félix, lleva ya algún tiempo con nosotros, dedicado a la vida contemplativa, y a la cual tú te dedicarás dentro de poco, porque nuestro amigo se va a jubilar — dijo don Elías dirigiéndose a Félix.

— Vaya. ¿Y cómo lo lleva? — dijo Félix.

— Por favor, tutéame, te lo ruego.

— Bueno, pues te preguntaba como lo llevabas. Hay personas que cuando se jubilan entran en una fase de desconcierto al encontrarse con que toda su rutina ha desaparecido y se tiene que enfrentar a un montón de horas que ocupar.

— Tienes razón. Alguno de esos ya conozco. Pues creo que me lo estoy preparando bien. Ya llevo algún tiempo asimilando la circunstancia y preparándome para los cambios que a buen seguro se van a producir.

— Tanto es así, que se está acondicionando la casa familiar para venirse a vivir a Castellón — dijo don Elías.

— Porque José es hijo de Castellón.

— Yo soy natural de Madrid y un día de forma casual, me encontré con este pueblo y quedé prendado. Hasta el punto de que yo, que ya andaba pensando en dar un cambio a mi vida y dejar mi actividad diaria como médico de La Paz, decidí en ese instante que el momento

de hacerlo había llegado. Así es que empecé a preparar los papeles para jubilarme y busqué una casa aquí, y en cosa de quince días deje aquello y me vine a Castellón.

— ¿Y ahora qué haces, a qué te dedicas? — preguntó José.

— Pues mira, sobre todo paseo, escribo, leo y escucho música. Todo ello, *ad lívitum*, sin nada planificado. De vez en cuando, veo la televisión, sobre todo deportes y en especial fútbol, del que soy un aficionado

— José y yo somos del Zaragoza, y tú del Madrid. Te llevamos ventaja cuando ambos equipos se enfrenten. — dijo don Elías.

— Ya veo. Y tú, José, me dijo don Elías que eras Comisario de Policía. Trabajo difícil, ¿no?

— Pues como todos. En él te encuentras con momentos buenos, duros y muy duros. Hay situaciones que se viven mal. Al fin y al cabo te toca apechugar con situaciones que casi siempre hay víctimas y desgracias.

— Y encima, desde tu posición de Comisario, me imagino que con presiones de todo tipo de tus superiores e incluso de más arriba ¿no?

— Eso también. Pero al final se aprende a convivir con ello y uno piensa que eso va en el sueldo. Pero si, hay momentos en los que te preguntas si merece la pena.

Don Elías los escuchaba complacido. Estaba seguro que aquellas dos personas tenían mucho en común, y ahora que llegaban a una edad donde la soledad pesa lo suyo, podían ayudarse a soportarlo mejor. Y a él también, que aspiraba a ser el tercero del grupo.

La chica que atendía les tomó la comanda, y mientras esperaban les puso la bebida y unas olivas verdes y negras para ir entreteniéndolo la espera.

— ¿Y qué harás cuando tengas todo el tiempo del mundo para ti? — pregunto Félix.

— Pues algo parecido a lo tuyo, pero sobre todo escribir. Soy un escritor por descubrir y que nunca he tenido tiempo de hacerlo, aunque sí las ganas. — dijo riendo — Tengo varias ideas que quiero plasmar en papel.

— ¿Y piensas publicar?

— ¡No, por Dios! Eso ya me llega tarde. Me conformo con poner la palabra Fin a una serie de historias escritas por mí. Es más dar salida a una afición que otra cosa.

— Claro. Realmente es bonito tener tiempo para desarrollar las ideas que te apetecen y en el momento que quieres. Sentirte dueño del compás de tu vida, manejar los tiempos, vivir a gusto contigo mismo, todo eso no tiene precio.

— Como verás José, Félix es un filósofo de mucha profundidad. Creo que os llevaréis bien, bueno nos llevaremos. — los tres rieron a gusto la broma del párroco.

— ¿Y qué tal van las obras? — preguntó Félix.

— Muy bien. Vengo de verlas y están muy avanzadas. Con un poco de suerte, se cumplirán los plazos y a primeros de junio, ya podré vivir en ella.

Empezaron a llegar los platos con la comida, y en alegre charla dieron comienzo a la comida. Don Elías estaba contento como pocas veces lo había visto José.

— Félix es un experto en pintura — comentó don Elías.

— ¡Por favor, don Elías, no diga usted esas cosas! — Félix trataba de usted al párroco. — Simplemente me gusta como un simple aficionado.

— Sin embargo yo en pintura soy poco entendido — dijo José.

— Bueno, tal vez me guste informarme sobre estilos y esas cosas, pero no dejo de ser un absoluto aficionado.

— Y qué, ¿tenemos algún tesoro en la iglesia? — pregunto José.

— Pues de eso estábamos hablando don Elías y yo, en referencia al cuadro que hay en la iglesia. Me parece espléndido y me paso muchas horas delante de él. Una

cosa tengo segura: que su autor debía pertenecer a la Escuela Flamenca, porque realmente es espectacular y tiene un estilo que cuadra perfectamente con esa época.

— Pues si tiene mucho valor, ya podemos vigilarlo.  
— dijo José.

— Hace unos días vino un anticuario de Lérida ... —  
empezó a decir don Elías.

— ¿De Lérida? — pregunto José, a la vez que reía abiertamente.

— Si de Lérida — dijo el párroco quien no se había percatado de la ironía — y lo vi muy interesado en él. Me dijo que le parecía una copia excelente y se deshizo en elogios.

— Esa gente tiene bastante experiencia — dijo Félix.

— Algunos demasiada — apostilló José.

— ¡Ya salió el policía! — dijo don Elías.

Nuevas risas y nuevas bromas. Finalmente se levantaron y abandonaron el bar.

Quedaron en verse de nuevo próximamente.

**Capítulo 11.**  
**27 de Mayo de 2010**

Andreu se dirigía hacia *Altrón*, cerca de *Sort* en la provincia de Lérida, para visitar la iglesia de Sant Serní, patrón local y que un anticuario amigo le había hablado acerca de algunas piezas antiguas, cuando sonó el móvil. Pulsó el *manos libres* para ver quien le llamaba. En la pantalla aparecía el nombre del autor de la llamada: *El Belga*.

— ¿Andreu? — preguntó una voz que enseguida reconoció.

— ¿Jacob?

— Sí. Hola buenos días. Oigo mucho ruido, me imagino que como siempre a la busca de tesoros, ¿no?

— Exacto. Hay que estar siempre buscando. Ya sabes como es este trabajo nuestro. Bueno, ¿qué me cuentas?

— Pues nada, solo quería comentarte que ayer comencé a trabajar en lo nuestro. Así es que espero

tenerlo terminado antes de un mes. Ya te iré poniendo al corriente de los progresos.

— Me alegro. Oye, ¿y te podré hacer una visita?

— Mira mejor que no. Ya sabes lo nerviosos que nos ponemos los artistas cuando nos miran. A mí me descentran totalmente y me alteran el ritmo de trabajo. Ya sé que te gustaría, pero entiéndeme, Andreu.

— Sí. Tranquilo. Bueno, un mes tampoco es tanto. Espero y deseo que hagas un buen trabajo como siempre.

— Ah, eso seguro. Es un artista que me gusta mucho. Por cierto que no te lo he dicho, pero me fui unos días a Madrid, al Museo del Prado, para ver el original.

— ¡Ah, vaya! ¿Y cómo te fue?

— Pues muy bien. Pude ver muy de cerca muchos detalles importantes y tomé una gran cantidad de notas y bocetos.

— ¿Y te vio alguien? — pregunto Andreu a quien no le había hecho gracia la iniciativa del belga.

— Hombre, cientos, todos los visitantes que pasaban por allí — dijo soltando una carcajada — ¡Pues claro que me vieron! ¿Y qué?

— Bueno tú ya sabes. Estas cosas son muy delicadas y...

— Tranquilo, Andreu, tranquilo. Bueno, pues eso, que sepas que en poco tiempo tendré terminado el trabajo.

— Vale, un saludo y que la inspiración de ilumine.

— Eso seguro. *Adeu* — y colgó.

Andreu volvió a pulsar el botón de manos libres para despejar la línea. No sabía por qué pero no le había hecho ninguna gracia que aquel desgarrado se hubiera paseado por el Prado, dibujando el *Massys*. Luego comenzó a pensar que tal vez estuviera exagerando, y en realidad así era. Pero...

Jacob contempló por enésima vez el incipiente trabajo que llevaba desarrollado. Había dividido toda la superficie del dibujo en cien escaques de 16x12. La idea era ir completando cada una de aquellas porciones siguiendo un orden de izquierda a derecha y de arriba a abajo.

Había dibujado con carboncillo los motivos principales o ejes del cuadro y a partir de los cuales fue añadiendo el resto de motivos y figuras, de forma que al final, delante de él tenía la composición que debía de ir perfilando y rellenando hasta dejarlo tal y como aparecía en el modelo. Era importante este primer paso porque le permitía medir distancias y tamaños entre las diversas



partes, a fin de asegurarse que la estructura de la composición sería idéntica a la del original.

Estaba entusiasmado. *Massys* era un pintor que tal vez no gozara de una fama como la que tenían *Goya*, *Rubens*, *Murillo* y tantos otros, pero tenía una calidad extraordinaria. Dominaba el dibujo y la expresión. Cosas en las que él también destacaba. Por eso se encontraba tan entusiasmado. De alguna manera, y en el fondo de consciencia, consideraba que llevaban suertes paralelas. Iba a realizar una obra maestra. De eso no tenía duda alguna. Y lo que es mejor, le iba a proporcionar una buena cantidad de dinero.

Suspirando, bebió un sorbo de vino de la copa que tenía a su lado, y continuó con su trabajo. A la izquierda había situado el ordenador con la pantalla gigante en la que aparecía aumentado con un extraordinario detalle la porción del cuadro que ahora tocaba pintar. Con paciencia e indudable dominio de la técnica y no exento de grandes dosis de arte, Jacob iba desarrollando cuadro a cuadro, la gran historia que se reflejaba en la obra terminada.

## **Capítulo 12.**

### **5 de Junio de 2010**

José Laguardia estaba acompañado por toda su familia y por Adela. Las obras habían terminado y la empresa que las había llevado a cabo, iba a hacer la entrega simbólica, mediante la devolución de las llaves a José. En esta ocasión, éstas ya no eran del tamaño de las originales, imposibles de poner en un llavero, sino llaves de seguridad correspondientes a la nueva cerradura instalada en la puerta.

La inauguración iba a consistir en habitar la casa durante el fin de semana, utilizando las habitaciones necesarias y estrenando los nuevos espacios. Para la ocasión, se había preparado en el jardín unas mesas y sillas para acoger además a todos los vecinos del pueblo que quisiera asistir, ya que se había cursado una invitación a todo el pueblo mediante el pregonero, sistema tradicional de convocatoria popular. Todo ello tendría lugar el domingo por la tarde, donde se serviría una merienda— cena que traerían del bar del pueblo,

consistente en multitud de platos de picoteo, donde abundarían los productos locales como jamón, chorizo, morcillas y como no, vino y otras bebidas en cantidades suficientes.

Don Elías y Félix, estaban invitados a acompañarles en la íntima fiesta familiar desde el sábado. Todos en grupo, fueron recorriendo cada rincón de la casa, contemplando el resultado. Los niños, enseguida se hicieron dueños del jardín y de la zona de juegos que el abuelo había preparado para solaz de sus nietos.

Tras admirar el zaguán de una gran amplitud y embaldosado con terrazo, donde se habían colocado por sugerencia de Adela, siguiendo el contorno, una serie de baúles antiguos encontrados en la casa, donde se guardaba la ropa, una vez rehabilitados.

Por la puerta situada a la derecha del zaguán, se accedía a una habitación habilitada para guardar allí herramientas y cosas varias en las estanterías que se habían colocado junto a una gran mesa de gruesa madera en la que apoyarse cuando fuese necesario. Un enorme arcón frigorífico para almacenar allí los congelados. Alguien lo llamó trastero y estuvieron todos de acuerdo.

La puerta situada a la izquierda del zaguán, daba al amplio pasadizo que conectaba la puerta de la fachada por la que entraban las caballerías y los carros a la casa,

con el patio interior. Tras las obras, se había convertido en un amplio garaje y se había cerrado la parte que daba al patio, ahora convertido en jardín, colocando una puerta para acceder a él.

Pasaron al jardín, una extensión de cuatrocientos metros cuadrados, donde pudieron ver perfectamente delimitados los diversos espacios en los que había sido dividido: la zona de los niños estaba equipada con toboganes, columpios y otras construcciones infantiles. La parte dedicada al cultivo floral, toda la parte central, contaba con flores y numerosos parterres donde plantar toda clase de plantas. A la derecha, la parte dedicada para uso de la familia, tenía una mesa de piedra de tres metros rodeada con bancos también de piedra, aprovechando la sombra de las higueras y de los olivos centenarios formando en su conjunto un rincón agradable y acogedor en esa parte del jardín. Todos se mostraron encantados con la distribución.

Nuevamente pasaron al zaguán para acceder por la amplia escalera de tres metros de anchura a las plantas superiores. En la primera, estaba situada la cocina, el comedor y la biblioteca. José dejó ésta para el final, la niña de sus ojos. La cocina amplia y funcional, levantó furor especialmente en las mujeres, y no tanto en los hombres. A instancia de José, pasaron de largo por

delante de la biblioteca y subieron a las plantas superiores, donde estaban las habitaciones, habilitadas cada una de ellas con un cuarto de baño. Cuatro habitaciones por planta. En total ocho. Subieron al piso superior, rodeado por aberturas por los cuatro lados. Allí se acostumbraba a situar el grano y colgar los embutidos con el fin de que estuviera bien oreado. Una secadora natural, dijeron las señoras. Y no les faltaba razón, porque en días de viento, las corrientes de aire debían ser tremendas.

Finalmente, llegó el momento de visitar la biblioteca. José abrió de par en par las dos hojas de la puerta y el espectáculo les dejó a todos con la boca abierta.

Había dos zonas perfectamente delimitadas. La situada a la derecha, estaba ocupada por estanterías de madera que ocupaban todo el perímetro de la zona asignada y ocupaban toda la altura de la pared. Había muchos libros perfectamente ordenados, traídos desde Zaragoza, pero era mayor el espacio pendiente de ocupar.

A la izquierda, la chimenea, a cuyo frente sendos sillones y un sofá a cuyos lados había unas hermosas lámparas de pie, para facilitar la lectura. Todo ello situado sobre una alfombra que cubría toda la zona. En un aparte, dos amplias mesas de trabajo, en una de las

cuales podía verse la pantalla del ordenador y teclado junto con todos los complementos necesarios para trabajar: lámpara de sobremesa, blocs de notas, contenedores de lápices y bolígrafos. En una mesa baja, a su lado y junto a la pared estaba la impresora y el módem de ADSL. La otra mesa, situado un tanto más apartada, no tenía nada encima.

El techo estaba adornado en todo su contorno con frisos decorados de escayola con motivos florales. Las paredes pintadas de blanco. Era el único lugar en la casa en la que en el suelo era de *parquet*.

La biblioteca causó asombro a los presentes. Especialmente a Félix y don Elías. Los tres, incluido José, contaban con celebrar en ella agradables reuniones tertulianas, saboreando un café y una copia.

Durante el fin de semana, José y Félix comenzaron a establecer el inicio de una gran amistad. Sus vidas, aunque de actividades bien diferentes, de alguna manera mantenían un cierto paralelismo y ambos venían a tener gustos muy afines. Se sentían a gusto y eso se notaba en sus caras. Don Elías, también los observaba. Levantó sus ojos al cielo y le dio gracias al todopoderoso por hacer posible aquella amistad.

**Capítulo 13.**  
**22 de Junio de 2010**

Andreu estaba atendiendo a un cliente en su tienda de Lérida, cuando su móvil comenzó a sonar. Tras excusarse, se apartó y miró la pantalla del teléfono: *El Belga*.

— Dime Jacob. Buenas días.

— Buenos días. Ya he terminado con el trabajo. Cuando te parezca te puedes pasar a por él.

— ¡Perfecto! ¿Qué tal ha quedado?

— No lo notarías tú. Cuanto menos el cura de la iglesia y los feligreses. Ha quedado muy bien, ¡qué te voy a decir yo!

— Mañana iré a por él. Oye, no lo embales todavía, porque quiero verlo antes con tranquilidad.

— De acuerdo. Entonces mañana te espero. Pásate por las Ramblas porque estaré allí pintando, y luego me invitas a comer.

— Procuraré estar allí sobre las diez de la mañana. Así tendremos tiempo de verlo, antes de ir a comer.

— Bien, como tú quieras Andreu. Si vas a llegar a esa hora, pasa por casa porque yo voy a las Ramblas más tarde.

— De acuerdo.

— Entonces hasta mañana.

La noticia le había causado dos fuertes sensaciones: una de alegría y la otra de nervios. La primera era debido a sus ganas de ver el resultado de la copia. Tenía en muy concepto de Jacob, y estaba seguro de que sería un gran trabajo, difícilmente detectable por el párroco de Castellón, y mucho menos de sus feligreses que ni se lo debían de mirar, acostumbrados a tenerlo siempre delante. La segunda, tenía su origen en que había llegado el momento de realizar la fase peligrosa del trabajo: había que realizar el cambio y ahí residía el peligro.

El cliente lo estaba esperando, sorprendido un tanto por la inmovilidad pasajera del anticuario, una vez que hubo terminado de hablar por el teléfono. Carraspeó suavemente para tratar de llamar su atención.

Andreu salió de su abstracción y se dirigió sonriente hacia el cliente.

— Perdone, pero la llamada me ha planteado un pequeño problema de logística y me ha dejado durante unos instantes absorbido. Le ruego que me perdone.



El hombre movió la cabeza en señal de no tiene importancia, y siguieron con lo que hablaban cuando fueron interrumpidos. Al final el hombre se llevó una talla de madera que representaba a una virgen pisando la cabeza de un dragón.

La mente de Andreu andaba ya ocupada con el asunto de Castellón, y no estaba para atender clientes. Dio instrucciones a un empleado y abandonó la tienda, camino de su casa, pero realizando un largo paseo con el fin de ir meditando y planeando el modo de llevar a efecto la operación cambio.

Por lo pronto, pensó que el momento mejor sería por la noche. Eso le daría tiempo para realizar todo lo que llevaba pensado hacer. Pero por la noche, la iglesia permanecería cerrada con llave, lo cual implicaba que tendría que tener la llave o hacerse con una copia de ella. Decidió ir a hablar con un herrero conocido y que ya le había sacado de algún apuro en otras ocasiones.

Cuando llegó al taller, Pau, que así se llamaba el herrero, salió a su encuentro. Su presencia le indicaba que había un buen negocio en ciernes. Tras saludarlo, le invitó a pasar a la oficina donde gozarían de más intimidad, pues supuso que esta les sería necesaria. No se equivocaba. Tras los saludos Andreu pasó directamente al tema.

— Verás, necesito abrir una puerta de una iglesia que tiene una llave de estas antiguas.

— Ya. Yo tengo un juego de llaves con diversos paletones que me permite abrir sin dificultades el noventa por ciento de las cerraduras, pero si quieres ir a lo seguro, que me imagino, necesitaría una fotografía de la llave y del *ojo de la cerradura*, para ver si tenemos el paletón adecuado, o mejor todavía, un molde. Ya sabes cómo funciona eso. De esta forma, llevarás la llave que abre la puerta seguro.

— Entiendo. Bueno. Ya te diré algo. Lo del molde lo hago con un taco de plastilina ¿no?

— Eso es. Sobre todo hunde la llave en la plastilina completamente, primero por un lado, y luego le das la vuelta y por el otro. Y si solo puedes hacer una foto, toma las medidas del *ojo de la cerradura*. Llévate un metro.

— Si de eso me acuerdo. Quedamos entonces así. Voy a ver si te puedo traer el molde.

Jacob, después de hablar con Andreu comenzó a recoger las cosas que tenía tiradas por cualquier sitio. Era la parte que más le molestaba, porque todo lo que tenía de minucioso en su trabajo, lo tenía de desorganizado en cuanto a todo lo demás. Recogió las

fotos, los bocetos y las notas y las puso en una carpeta. Las pinturas las guardo en una caja de madera junto con el resto de botes y otros objetos y los pinceles, una vez lavados, los puso a secar. Colocó la copia sobre el caballete al lado de la ventana abierta para que la brisa fuera realizando una labor de secado y al final la habitación quedó más o menos presentable. Miró una y otra vez para cerciorarse de que todo está en su sitio hasta que quedó satisfecho.

Al día siguiente recibiría la vista de Andreu y le pagaría sus diez mil euros.

— Perfecto. — se dijo, completamente satisfecho de sí mismo.

Al día siguiente Andreu se levantó pronto y sobre las 7,30 de la mañana salía de su casa en Lérida camino de Barcelona. Conducía una furgoneta *Renault Kangoo* porque las dimensiones del cuadro no entraban en su *Audi*. Con una precisión propia de un lord británico, a las diez en punto de la mañana, pulsaba el timbre del piso 1º de la puerta de hierro forjado situada en el *Carrer del Templers*, 14. Tras unos segundos, la chicharra anunció que había paso libre cediendo la cerradura de la puerta y pasando al recibidor. Subió hasta el segundo piso, y pulsó el timbre. Tuvo la sensación de ser observado por

los ojos de una anciana que a buen seguro estaría de malhumor. No tardó mucho en abrirse la puerta y aparecer tras ella la espigada figura del belga con una sonrisa pintada en su cara.

— ¡Qué puntualidad! ¿Has dormido en Barcelona?

— Naturalmente que no. Es cuestión de organización. A ver, ¿dónde tenemos el *Massys*? Estoy ansioso por verlo.

Jacob, extendió su brazo invitándole a que pasara delante de él, cerrando la puerta. Cuando Andreu entró en el salón— comedor— cocina lo primero que vio fue un caballete cubierto por un paño. Se volvió hacia el dueño de la casa, moviendo la cabeza como recriminándole el regodeo que se traía. Jacob, lo cogió del brazo, pidiéndole que se detuviera, mientras él iba a retirar el paño. El anticuario obedeció en el acto, y cuando Jacob retiró el lienzo que cubría el *Ecce Homo*, se quedó con la boca abierta. Durante unos segundos se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos así como su boca. Jacob saboreó aquellos momentos. Casi se llegó a emocionar.

— ¿Sabes que te digo? — dijo con cara admirativa — Ahora dudo si cambiarlo o quedarme con este. Es magnífico. Te felicito Jacob. ¿Pero cómo no te dedicas a tu propia pintura? — esto lo dijo con auténtica sinceridad.

— Te agradezco los cumplidos. De verdad que te lo agradezco. — dijo el belga también emocionado.

Tras observarlo desde mil posiciones y posturas una y mil veces, Andreu quedó totalmente impresionado. Su única reacción fue echarse mano a la cartera y entregarle a Jacob, los diez mil euros pactados. Te los mereces — le dijo.

Luego, procedieron a embalar cuidadosamente el cuadro con plástico protector de burbujas de aire y lo introdujeron en la caja de cartón que tenía reservada para ello. La sellaron con cuidado y Andreu se la miraba como si tuviera delante el cuadro.

— Muchacho. Vámonos a un buen restaurante, porque te lo has merecido. Y yo premio a los que hacen bien su trabajo.

Tras la comida, Andreu fue a por la furgoneta que aparcó delante de la puerta número 14 del *Carrer dels Templers*. Entre los dos, introdujeron la caja dentro y seguidamente emprendió camino de Lérida con su preciado tesoro.

Jacob se daba besos en el espejo de su casa y se abrazaba con efusión

— ¡Un genio! ¡Soooooooooy un genio! — decía imitando a Salvador Dalí.

Dos días más tarde, Andreu se encontraba delante de la iglesia de Castellón. La plaza estaba vacía. Si fuera posible no deseaba encontrarse con nadie. Pero si ello ocurría, disimularía su presencia diciendo que aprovechando una visita a un lugar cercano, había decidido pasarse por el pueblo para saludar.

Se encaminó a la iglesia y comenzó a hacer fotografías y tomar primeros planos a la cerradura de la puerta. Para disimular, realizó otras fotos al conjunto exterior. Luego paso dentro. No había nadie. La iglesia estaba completamente vacía. Se volvió hacia la puerta y tomo nuevamente fotografías de la cerradura y en especial del *ojo de la puerta*, porque éste mostraba el perfil del paletón. Recordó que tenía que medir el contorno. Cuando iba a hacer otras fotos del conjunto de la puerta, vio la llave colgando de uno de los paños. Miró a su alrededor y escuchó atentamente intentando detectar algún sonido por leve que fuera que le indicara que algo o alguien se acercaba. Solo oía a su corazón que bombeaba sangre con un brío y un ruido que le pareció ensordecedor. Nada. Nadie.

Sacó de su bolsillo el bloque de plastilina y cogió la llave. Por precaución se colocó detrás de una columna en el fondo de la iglesia, donde más penumbra había. Hundió con todas sus fuerzas la llave en la plastilina,

notando como esta cedía fácilmente. Cuando quedó completamente dentro de la masilla, hizo lo mismo, pero esta vez por la otra cara. Una vez realizada la operación, dejó la llave en su sitio. Envolvió la plastilina y se la metió en el bolsillo. Ya iba a salir, cuando de repente sintió la necesidad imperiosa de ver de nuevo el original de *Massys*, encaminando sus pasos hacia el cuadro.

Una vez delante de él, sintió un vuelco en el corazón y un escalofrío.

— ¡Son exactos!, ¡maravillosamente exactos! — Pensó — pero claro uno es original y el otro no.

Pensó que si no supiera cual era cual, cabría la posibilidad de coger el cuadro equivocado. Hasta tal punto veía las semejanzas de aquel que tenía enfrente de sí con el que tenía en casa.

Aún se mantuvo mirándolo unos segundos mientras una parte de su cerebro le ordenaba que saliera de inmediato de allí, aprovechando la suerte de no haberse encontrado con nadie. Contra mas rato estuviera allí, las posibilidades de que apareciera alguien aumentaban.

Finalmente, dio media vuelta y salió de la iglesia. Se subió en el coche y se marchó de la misma manera que había llegado: en el más completo de los incógnitos.

## Capítulo 14.

### 28 de Junio de 2010

A primeras horas de la mañana, Andreu se pasó por el taller de Pau, para recoger la llave que éste habría obtenido del molde de plastilina que le había entregado hacía dos días. Pau le entregó un envoltorio de periódico en el que envuelta estaba la llave. Andreu lo desenvolvió con cuidado y contempló la tosca llave que tenía en las manos. Rehízo el envoltorio y le entregó los seiscientos euros del trabajo, despidiéndose con un “hasta otra ocasión”.

Una vez en su tienda de antigüedades, comenzó a preparar la *Kangoo*, para el viaje nocturno a Castellón. En una pequeña maleta forrada con acolchado, para evitar ruidos indeseados, puso envueltos en paños, clavos, cáncanos, escarpias y algún tornillo. En otro paquete, envolvió unos alicates, unas tenazas y un martillo. Añadió también un juego de destornilladores. Una pistola que taladraba y atornillaba, con las baterías a punto y que había estado toda la noche cargándose. Un



*spray* de seis en uno y unos trapos limpios. A todo ello, unos guantes de látex grueso y otros de piel vuelta, de los utilizados por los trabajadores. Añadió a todo ello, un rollo de cuerda, cinta aislante y cinta de carroceros. Nunca se sabía lo que te iba a hacer falta en un trabajo de este tipo. Dos potentes linternas y su máquina de fotos. Comprobó que el depósito de la furgoneta estaba lleno de gasóleo y se dio por satisfecho. En el interior de la furgoneta había preparado unos tensores para mantener la caja que contendría el cuadro, tanto a la ida como a la venida, firmemente asegurado sin posibilidad de movimiento. Faltaban muchas horas aún para emprender el viaje, y los nervios se iban manifestando en su estómago, por lo que estaba en constante movimiento, repasando una y otra vez las cosas, asegurándose de que no se producía ningún olvido imperdonable.

Había previsto que la hora idónea para realizar la “operación” como el la denominaba, serían las dos de la mañana. A esas horas, todo el mundo debía de estar en la fase de sueño más profunda por lo que la soledad, amiga deseable para los indeseables, estaba más que asegurada. Sin embargo, a esas horas, el simple vuelo de una paloma sería como un ruido indescriptible en el silencio absoluto. Por ello, el plan consistiría en ir con dos coches: la furgoneta que llevaría él mismo y un segundo

coche que conduciría *Ramonet*, un mozo de almacén de la tienda, de pocas luces, pocas preguntas y de conciencia flexible que se adaptaba a todo, siempre que hubiera de por medio unos cuantos billetes de curso legal.

Quería llegar a las afueras del pueblo sobre las nueve de la noche. *Ramonet* detendría el coche y cogería la furgoneta mientras Andreu esperaría su regreso, una vez que aquel aparcase la furgoneta en la plaza de la iglesia, en un lugar que el anticuario le había señalado en un plano que había dibujado de la plaza, como si de un vendedor o visitante se tratara. Andreu no quería exponerse a que alguien o el propio don Elías lo vieses. Si por casualidad alguien deambulase por allí, la esperanza era que se quedase con esa impresión. Luego, se desplazarían a un pueblo cercano donde cenarían y harían tiempo hasta la hora prevista. De esta forma, se evitarían el ruido de la llegada de la furgoneta que pudiese alertar a alguien, además de tener a la puerta del objetivo todo el material necesario

La hora de salida desde Lérida, la habían fijado sobre las siete de la tarde, una vez cerrada la tienda. Por enésima vez, volvió a revisar todo una vez que entre los dos metieron la caja dentro de la *Kangoo* y la dejaron

perfectamente asegurada con los seis tirantes elásticos. Los nervios iban en aumento.

Por fin se hizo la hora. Cuando faltaban cinco minutos, comenzó a apagar las luces de la tienda, cuando de repente cayó en un detalle, que le hizo soltar un juramento que asusto a *Ramonet*, que reflejó en su cara el desconcierto más absoluto.

Encima de la mesa del despacho, un paquete envuelto en periódicos aguardaba pacientemente a que alguien lo tomara. A Andreu se le había olvidado meter aquel paquete con la llave de la iglesia en la guantera de la furgoneta. Le entraron escalofríos de solo pensar que hubiera hecho si a las dos de la mañana en Castellón, delante de la puerta de la iglesia, se encuentra con ha venido sin la llave para entrar. Se hubiera azotado allí mismo. Y todo, después de más de cien repasos a todo. Con malhumor cogió el paquete y lo introdujo en la guantera.

Pasaban cinco minutos de las siete, cuando los dos coches iniciaban camino de Castellón. Los nervios seguían agujijoneando el estómago de Andreu. *Ramonet*, por el contrario, iba cantando. Sabía lo que iba a hacer, es decir iban a cambiar un cuadro por otro y ni siquiera se preguntaba si eso estaba bien o mal. En su simpleza, debió de considerar que era una transacción. Tenía ganas

de que llegara la hora de cenar, porque hacerlo en un restaurante o en un bar, era una de sus máximas aspiraciones en la vida. Con lo que le daría el jefe por aquellas horas extras, tendría para unas cuantas comidas y cenas.

Cuando Andreu vio desde la lejanía la Iglesia—Castillo, los nervios, que había remitido durante el viaje, volvieron de nuevo a las andadas. Cuando entraron en el pueblo, aparcaron los dos vehículos a un lado de la carretera de entrada, rebasado el cartel que indicaba que estaban en Castellón. *Ramonet* cogió la furgoneta y siguió hacia la Plaza de la Iglesia, siguiendo las indicaciones de los carteles, Quince minutos después aparecía con las manos en los bolsillos y silbando una tonada. Andreu contempló la cachaza que se gastaba aquel simple, y se alegró porque nadie, absolutamente nadie, podría relacionarlo con un acto delictivo.

Cenaron en un restaurante y aguantaron hasta que sus propietarios les indicaron que iban a cerrar, pasadas las doce y media de la noche. Todavía tenían casi dos horas de espera. Recorrieron aquel pueblo y al igual que en Castellón, no vieron ni siquiera un gato. Andreu pensó que en aquellos lugares la gente era muy confiada, excesivamente confiada. Sus vidas eran lo más cercano que se podía ser a la naturaleza. Se levantaban con el sol

y se acostaban con él. Vida sana y sin complicaciones, salvo las de las inclemencias del tiempo y su incidencia en sus cosechas. Mientras paseaba contemplaba de reojo a *Ramonet*. Este miraba al cielo o a cualquier cosa que le llamaba la atención sin decir nada. Si hubieran estado paseando cinco horas, en todo ese espacio de tiempo no habría dicho ni preguntado nada. Otra forma de vida simple y sencilla.

Subieron al coche y tranquilamente se dirigieron hacia Castellón sin decir nada. Aparcaron en el mismo sitio que lo había hecho cuando llegaron, solo que en esta ocasión dejaron el coche enfilado hacia la salida. Luego, subieron andando hasta la Plaza de la Iglesia con los cinco sentidos alerta.

Silencio. Ni el más leve soplo de ruido producido por algo que se moviera ya fuera hormiga o mosca.

Eran las dos menos cinco de la madrugada del martes.

Andreu abrió la furgoneta con mucho cuidado. Cogió las llaves y se las puso en los bolsillos. Luego esperó unos segundos esperando acontecimientos, antes de seguir. Le dijo a *Ramonet* que le esperara al lado de la furgoneta y él se dirigió hacia la puerta de la iglesia.

Sacó la llave y se dispuso a encararla en el *ojo de la cerradura*. El corazón le latía de forma desbocada. La

llave entró sin problemas. Ahora venía lo desconocido. ¿Se abriría? ¿Harían un ruido infernal los goznes? Lamentó no haber traído en su mano el bote de *seis en uno*. Esperó. Nada. Respiró hondo y giró la llave con tiento. Notó que aquello cedía y seguía cediendo hasta que completó el giro desplazando completamente el cerrojo. Nueva pausa y nueva espera de acontecimientos. Nada. Ahora tenía que empujar la puerta y esperar a que no hicieran ruido los goznes.

La puerta cedió y un gemido metálico surgió de sus goznes. Dejó de empujar en el acto. Cerró los ojos y se puso a pensar. Empujaría con decisión la puerta. A veces era peor abrir de poco en poco que de una vez de forma decidida. Optó por esta última. Empujo decididamente y la puerta quedó abierta de par en par. Y en efecto, hizo ruido, pero muy poco.

Se volvió hacia la furgoneta y vio a *Ramonet* que ya había abierto las puertas traseras de la *Kangoo*. Debía de tener los nervios de acero o era de una simpleza absoluta. Pensó que se trataba de esto último. A los dos segundos, vio como *Ramonet* se acercaba portando las dos maletas de herramientas. Rogó al cielo que no se le fueran a caer al suelo. Llegó a su altura y se introdujo en la iglesia dejando en el suelo las cajas. Luego salió a por el resto de cosas. Andreu se apresuró a ayudarlo, para evitar estar

con la puerta abierta durante mucho rato. Entre los dos soltaron la caja y la trasladaron al interior de la iglesia. Luego, tras cerrar la furgoneta, cerraron la puerta de la iglesia sin cerrarla con llave. Cualquiera que hubiera pasado hubiera pensado que la iglesia estaba cerrada.

Habían pasado tres minutos y a Andreu le había parecido que habían transcurrido treinta.

Dentro de la iglesia todo estaba oscuro y en silencio.

Encendieron las linternas y se dirigieron hacia el cuadro. Se enfundaron los guantes de látex.

Mientras *Ramonet* iluminaba por detrás del cuadro, Andreu contempló el sistema de fijación del marco, atrayéndolo hacia sí todo lo que pudo.

— Escarpías y cáncanos — dijo.

Una vez que vieron la situación apoyaron las dos linternas sobre los bancos de la iglesia, de forma que iluminara el área del cuadro.

Entre los dos descolgaron el marco y lo depositaron con cuidado en el suelo. Sacaron la copia de la caja que habían traído y la pusieron al lado del marco. Luego dieron la vuelta al marco. En esta ocasión era Andreu quien aguantaba la linterna mientras *Ramonet*, procedía a quitar los listones de madera que situados en cada esquina mantenían fijada la pintura sobre madera del cuadro en el marco.

— ¿Eso son grapas? — preguntó Andreu.

— Sí. En alguna ocasión lo han debido de desmontar para limpiar o reparar.

Una vez quitados los cuatro listones, sacaron la pintura del marco.

— Déjala a este lado — dijo Andreu — no vaya a ser cosa que nos equivoquemos y volvamos a poner la misma y nos llevemos la que hemos traído. — *Ramonet*, esbozó una sonrisa.

— ¡Y qué más da! Son iguales.

— ¡Como van a ser iguales! ¡Claro que son diferentes, por eso las estamos cambiando! — dijo Andreu a quien a veces la simpleza del mozo le atacaba los nervios. — ¡Y date prisa!

Pusieron la copia y nuevamente clavaron los listones de fijación.

— Nosotros no hemos traído grapas — dijo *Ramonet*.

— No. Utiliza esos clavos finos. Solo un clavo a cada lado del listón. Y procura no hacer ruido

El mozo movió la cabeza como protestando porque se le exigiera una cosa tan imposible, como era no hacer ruido cuando se martilleaba. Finalmente la nueva copia estaba insertada en el marco. Con cuidado lo subieron y colgaron de las escarpías. Todo parecía en orden. Luego,



*Ramonet*, comenzó a recoger todo, mientras Andreu iluminaba el suelo para que nada se quedara allí. Finalmente, envolvieron el cuadro en el plástico de burbujas y lo metieron en la caja. Seguidamente, trasladaron la caja junto a la puerta, para poder sacar todo en el menor tiempo posible.

Mientras *Ramonet* llevaba el resto de cosas junto a la caja de cartón junto a la puerta, Andreu con su máquina de fotografías comenzó a hacer fotografías, desde más o menos las posiciones desde las que había tomado las primeras cuando las hizo en presencia de don Elías. Aquello era una precaución que pensaba que jamás necesitaría, pero si alguna vez, enseñaba aquellas fotos, indudablemente coincidirían con el cuadro.

*Ramonet* lo esperaba sentado en un banco, sin que en apariencia tuviera sensación de agobio o prisa. Ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, se entretuvo mirando a su alrededor, tratando de interpretar que eran algunas de las sombras que le pareció ver.

Finalmente llegó de nuevo un momento delicado. Andreu miró su reloj: eran las dos y veinte. La cosa había ido de perilla. Había que afrontar el último momento de la “operación”. Abrió la puerta de la iglesia con decisión. Un nuevo murmullo surgió de los goznes, pero nada

fuerte. *Ramonet* que parecía que estaba esperando a que abrieran el portón del toril para salir, salió a la plaza llevando en sus brazos dos bultos que dejó junto a la furgoneta. Luego volvió a por otros dos. Aún hizo un tercero para terminar de llevarse el resto y con el cuarto, y ayudado por Andreu sacaron la caja de cartón. Le dio las llaves a su acompañante para que abriera la puerta de la furgoneta y él se fue a cerrar la iglesia, cosa que hizo sin ningún problema. Luego ayudo a *Ramonet* a meter la caja dentro de la *Kangoo*. La fijaron someramente, lo suficiente para salir lo más rápidamente posible y en las afueras, ya asegurarían la carga.

Se subieron a la furgoneta. Andreu metió la llave en el arranque y la puso en marcha. Sin prisa pero sin pausa y sin dar ningún acelerón abandonaron la plaza. Cuando llegaron a la altura del otro coche en las afueras, se detuvo para que bajara *Ramonet* y lo siguiera con él hasta un lugar donde detenerse y asegurar mejor la caja que contenía una pequeña fortuna.

## **Capítulo 15.**

### **1 de Julio de 2010**

El despacho del Comisario Jefe de Homicidios, estaba repleto de personas. Entre ellas, la del Jefe Superior de la Policía de Zaragoza, quien estaba pronunciando unas palabras ensalzando la labor realizada por el Comisario Jefe de Homicidios, José Laguardia, quien en aquel día, había alcanzado a la edad de la Jubilación.

Estaban presentes también todos los Comisarios Jefes de las diversas Unidades, inspectores y subinspectores de su comisaria, la Central de Zaragoza. José escuchaba con atención las intervenciones de sus compañeros, pronto ex— compañeros, cuando le llegó su turno de palabra.

Fue breve y conciso y tan solo dijo lo que se esperaba que dijera en semejante ocasión, es decir, agradeció a todos sus superiores la confianza que habían depositado en él y a sus subalternos, su colaboración y entrega total; luego se felicitó por haber podido gozar

durante tantos años de unos compañeros tan excelentes y deseó a todos futuros éxitos y próximos ascensos.

Alguien trajo un pequeño carro con unos canapés y unas copas en las que sirvieron cava aragonés. Tras los brindis, le hicieron entrega de un obsequio en nombre de todos los compañeros, consistente en un juego de pluma, bolígrafo y portaminas de la marca *Montblanc*, cosa que verdaderamente agradeció el Comisario emérito.

Tras repetirse los saludos y buenos deseos, poco a poco fueron abandonando el despacho, quedando finalmente José y los dos Inspectores con los que compartía el trabajo diario.

Se despidió de todos los subalternos de su Grupo, y bajó por última vez las escalinatas del edificio de la Comisaría Central. Aún debería asistir a un par de cenas de compañeros que se habían empeñado en juntarse en un ambiente más relajado propio de amigos. Tras ello, comenzaría verdaderamente su jubilación.

De todos sus ahora ex— compañeros, únicamente mantendría relación con Arturo Muñiz, Inspector Jefe. Su amistad, que se había iniciado cuando ambos entraron el mismo día en el Cuerpo Nacional de la Policía y fueron destinados al mismo servicio, había superado el nivel de compañeros de trabajo por el de verdaderos

amigos. Tres años más joven, permanecería aún durante ese tiempo en activo.

En los próximos días pensaba desplazarse a Castellón para iniciar su nueva vida de jubilado. Estaba ansioso por empezar.

En cuanto a sus hijos, se aliviaron al ver como su padre se preparaba para la nueva situación. Durante algún tiempo les preocupó que el Comisario, acostumbrado a una actividad física y mental muy activa, se enfrentara de golpe con la inactividad y la necesidad de consumir muchas horas de ocio que hasta la fecha no había tenido.

Pronto se dieron cuenta de que estaban totalmente equivocados. Cuando les expuso sus planes de remozar Casa Laguardia en Castellón, para irse a vivir allí para poder dedicarse a su pasión relegada de escribir, pensaron que hasta podía ser posible que le faltaran horas.

Por su parte, Adela, llevaba ya varios días preparando cajas y maletas para llevar a la nueva casa. Calculaba que habría que hacer varios viajes hasta poder llevar todo.

En Castellón, don Elías contaba las horas para que se produjera el aterrizaje, como él lo llamaba, de José. De

Félix hacía unos días que no tenía noticias, por lo que la falta de contertulios le ponía de mal humor.

## Capítulo 16.

### 8 de Julio de 2010

Adela había tomado el mando en Casa Laguardia. Desde aquel momento, el ex Comisario Laguardia, se había trasladado a vivir a Castellón y con él, Adela seguiría siendo el ama de llaves. Lo primero que tendrían que hacer sería contratar por horas a alguna persona del pueblo para que la ayudara a mantener semejante casa en orden de revista.

Mientras su ama de llaves se hacía con el control y se informaba donde se compraba el pan, las carnes, el pescado y todo lo demás, José se dirigió a ver a su amigo don Elías, y juntos fueron a ver a Félix. No lo encontraron porque se encontraba paseando, según rezaba una nota clavada en la puerta. “Estoy paseando. Volveré sobre las 12”

— Menos mal que en este pueblo no hay ladrones — dijo José.

— ¿Por qué lo dices? — preguntó don Elías.

— ¡Hombre, por la nota! A un amigo de lo ajeno, este tipo de misivas lo agradecen infinito. Ves, tienen camino libre hasta las doce. Mas facilidades imposible.

— ¿Y qué van a robar aquí?

— Ah, no sé. Pero solo con que se te lleven algo que para ti tenga importancia, ya te han robado mucho. Eso, suponiendo que al ver que no hay nada que llevarse, se dediquen a destrozarte la vivienda.

— Bah, eso es deformación profesional, José. Claro está que todavía no has desconectado del todo. Te digo yo que la gente es buena.

— Será en Castellón. Bueno volveremos luego, porque quería que en mi primer día de mi nueva vida, invitarlos a cenar a Casa Laguardia.

— Bonito detalle, sí señor. Oye, eso de Casa Laguardia, suena a señorial, a importante.

— Si te molesta, te digo mi casa.

— No que va. Todo lo contrario. Me gusta.

Volvieron hacia la iglesia paseando tranquilamente. Una señora pasó con una barra de pan.

— ¡Buenos días! Don Elías, ¿paseando, no?

— Pues sí, Lorenza, paseando con mi amigo José, que no sé si conocerás.



— ¡Ya lo creo que sí! Me acuerdo de él cuando era chico. Yo soy de Casa Martín, la pequeña. A lo mejor eres tú el que no se acuerda de mí.

José en efecto no la recordaba.

— Pues no, lo lamento, aunque Casa Martín si que me acuerdo, junto a la Fuente de los Pájaros.

— Eso es. Bueno, pues yo era la hija menor de los seis hermanos.

— Han pasado ya muchos años Lorenza — terció el párroco.

— Muchos. Por cierto don Elías, ¿van a poner calefacción en la iglesia?

— Hay hija, ¡qué más quisiera yo que poder poner la calefacción! ¿Por qué me lo preguntas?

— Porque hace unos días vi una camioneta de una empresa de calefacciones junto a la iglesia, y atando cabos me dije, ¡anda! Don Elías nos pone este año calefacción.

— Pues ya lo siento, pero no va a poder ser.

— ¡Lástima! Bueno que les vaya bueno don Elías y compañía.

— ¡Qué Dios te acompañe! — dijo don Elías.

Continuaron su paseo hasta la iglesia donde el párroco tenía que recoger unos papeles que le había pedido desde el Obispado de Barbastro, acerca de unas

partidas de nacimiento de un hijo de la villa, del siglo XVIII.

— ¿Tienen registros tan antiguos?

— ¡Ya lo creo! Y somos de los pocos agraciados que cuando la Guerra Civil, no quemaron los libros Sacramentales, donde tenemos registrados nacimientos, comuniones, bodas, divorcios y defunciones.

— ¿Divorcios? — preguntó asombrado José.

— Si hijo. No hay nada nuevo bajo el sol. Se trataba de anulaciones de matrimonio por una serie de razones. Lo de divorcio es nuevo.

— ¡Caray! Nunca me lo hubiera imaginado.

Sobre las siete de la tarde, llegaron a Casa Laguardia don Elías y Félix. José los recibió en el jardín, pues la temperatura era muy agradable y se había cobijado allí con un libro, y delante de él un plato con media docena de higos que él mismo había cogido de la higuera.

— ¡Como un rajá! — dijo don Elías.

— ¡Hola, ya estáis aquí! Tomad asiento que ahora os saco algo de beber y de picar. A ver qué vais a tomar.

— Yo vino — dijo el párroco

— Yo una cerveza — dijo Félix.

José desapareció en el interior de la casa, volviendo al poco rato con una bandeja en la que además de las bebidas venían unos platos con olivas, cacahuetes,

patatas y unos trozos de queso, jamón, chorizo y secallona.

— ¡Pues si esto guerra, que no se acabe! — dijo Félix.

— Espero que os guste esto. Haremos tiempo hasta la hora de cenar, dentro de una hora, ¿os parece bien?

— Naturalmente y si cenamos aquí en el jardín todavía mejor. — dijo el párroco.

— Así será, don Elías. Tus deseos son órdenes para mí.

— Ya será menos.

— Bueno ¿qué os pareció nuestra victoria de ayer contra Alemania en el Mundial? — preguntó Félix.

— Magnífica. Ahora hay que ganar a Holanda en la final y ¡Campeones del Mundo! — dijo José.

— No hay mejor equipo en el mundo, en estos momentos. Yo creo que no se nos escapa este mundial.

— ¡Ojala! — dijo Félix.

Luego dieron un repaso a la situación mundial y poco a poco fueron regresando al mundo real que podían tocar con sus propias manos. Durante la cena, a la que se unió Adela, continuaron hablando de sus planes de futuro. Llegó el momento de los cafés. Adela se levantó y comenzó a recoger los platos. José se encargó de hacer el café con una cafetera que había en la cocina y que llevó a

la mesa, junto con unas tazas y copas. Luego trajo tres botellas de licores: anís, coñac y whisky, para que se sirvieran.

— Tengo intención de comenzar a escribir una novela de la que me estoy documentando en profundidad. — dijo José de inicio.

— ¿Y sobre qué tema? — pregunto Félix.

— Sobre un investigador de crímenes en tiempos del Imperio Romano, Lucius Martius.

— ¡Ah, ya tienes el nombre del protagonista! — dijo don Elías.

— Y suena bien — respondió Félix.

— Es importante acertar con un nombre sonoro. Y luego el título también es importante. — dijo José.

— Eso es verdad. ¿Y qué condiciones tiene ese investigador? — pregunto Félix.

— Pues un gran poder de observación y no dar nunca por sentado, que todo es lo que parece. Solo las pruebas fehacientes tienen las respuestas. Pero a la vez, cree que las casualidades no existen en la inmensa mayoría de las veces.

— Parece un personaje interesante — dijo don Elías.

— A propósito de observaciones, recuerdo ahora una cosa que me ha intrigado y que realmente no sé qué

pensar. Hasta me da un poco de rubor comentarlo ahora.  
— dijo Félix.

José y don Elías se miraron mutuamente mostrando su sorpresa por la declaración de Félix. Esperaron a que éste iniciara su exposición.

— Como sabe don Elías, soy un pintor aficionado, y cuando un día descubrí el *Ecce Homo* en la iglesia, produjo en mí una atracción instantánea que no sé explicar, concibiendo el proyecto de realizar una copia del mismo. Por esa razón paso muchas horas admirando el *Ecce Homo* de la iglesia, tomando notas y realizando bocetos. El caso es que cada vez observo un nuevo detalle en el que no había reparado y que me deja perplejo. En fin que tengo registrados en mi cabeza multitud de detalles que trato de plasmar modestamente en mi pintura que poco a poco va tomando cuerpo. — Félix hizo una pausa — El caso es que hace unos quince días, después de mi paseo diario, pase por la iglesia como suelo hacer, para seguir tomando apuntes, cuando de repente, me llamó la atención ciertos detalles que no había visto hasta entonces. O por mejor decir, si que los había visto, solo que entonces ieran diferentes! No estaban con anterioridad.

José y don Elías, abrieron ostensiblemente sus ojos, producto de la sorpresa mayúscula que les había producido las palabras de Félix.

— ¿Cómo que no estaban antes? — preguntó José.

— Como lo oyes. Como comprenderéis, lo primero que pensé es que estaba cansado y no estaba en condiciones de tomar notas. La luz desde luego no era mucha, así es que me fui con la idea de volver al día siguiente por la mañana, para realizar los bocetos. Pero al día siguiente volví a la iglesia y confirmé mi primera impresión. En la tabla, podía verse claramente una línea finísima que antes no había observado. Había dos más. Luego caí en la cuenta de que esas líneas estaban separadas de forma equidistante. Medía la distancia entre las líneas y llegue a la conclusión de que en realidad aquellas marcas correspondían a las cuatro tablas que formaban la superficie del cuadro. Al llegar a esa conclusión, pensé que tal vez aquello había ocurrido debido a un proceso natural y que la pintura se había resquebrajado exactamente en las uniones de las tablas. Me dije a mi mismo, que era curioso y poco corriente ser testigo de la aparición de esas marcas, que podían verse en muchas otras pinturas realizadas sobre madera que por sus dimensiones, hubo necesidad de juntar tablas para alcanzar el tamaño deseado. El caso es que

comprendida la razón de aquella diferencia, di al olvido la cuestión y seguí con mis apuntes y bocetos.

Félix hizo una pausa, observando la atención con la que le escuchaban sus dos interlocutores. Tomó un sorbo de su vaso con whisky, al que añadió un cubito de hielo. José y don Elías, se mantenían expectantes, pues deducían que todavía quedaba algo más por contar.

— Seguí con mis visitas y toma de apuntes. Pero hace diez días, me volví a llevar un nuevo sobresalto. ¡Había encontrado un nuevo detalle que no había observado en mis visitas anteriores! Pero ahora estaba seguro, porque lo que tenía ante mí era imposible. Una de las líneas que yo había atribuido a una junta, ahora era más corta, cosa absolutamente imposible. Solo había una explicación lógica y es la que finalmente acepte: yo estaba equivocado, porque realmente no encuentro una razón coherente que lo explique, salvo la más evidente que era esta.

Se hizo un silencio.

— ¿Notaste alguna diferencia más? — preguntó José.

— No. Ninguna.

Don Elías no decía nada. Para él, la explicación estaba en la que apuntaba Félix. No podía haber otra.

Finalmente, levantaron el campo para marchar cada uno a su casa. La noche era magnífica y el cielo mostraba sus estrellas libre de nubes. Sobre la una de la madrugada cada mochuelo se fue a su nido.



## **Epílogo 1.**

### **9 de Mayo de 2010**

Jacob se estaba terminando de vestir. Contra su costumbre, se había puesto camisa y corbata debajo de una chaqueta ligera y llevaba unos pantalones vaqueros bastante nuevos. Tenía que ir a recibir a su amigo François al puerto de Barcelona, donde llegaría a bordo de su yate, y su aspecto exterior era importante que fuera convencional y correcto. Hora del encuentro, las doce. Todavía tenía dos horas de tiempo, y los nervios lo estaban acelerando, hasta el punto de hacer todas las cosas con una antelación que jamás observaba.

Tras la última visita de Andreu en la que éste le había entregado las fotografías del cuadro de *Massys*, Jacob, a la vista las mismas y posterior confirmación del hallazgo, decidió poner en marcha el plan que comenzó a gestar, allá por abril, cuando comiendo en un bar cercano al Paseo de las Ramblas, Andreu le comunicó la posibilidad de que hubiera encontrado un cuadro del

pintor de Lovaina, en uno de sus numerosos y constantes viajes por España en busca de tesoros.

Se daba la feliz circunstancia, para él, que conocía un comprador que pagaría una auténtica fortuna por un cuadro de *Quentin Massys*. Vivía en Mónaco, y se llamaba François Lavendeur, un multimillonario que se hizo rico vendiendo terrenos y casas a gente adinerada de media Europa y que había amasado una considerable fortuna. Tenía gustos caros, especialmente su desmedida afición por la pintura. Su abuela paterna, que era belga, le había inculcado su amor y gusto por los pintores flamencos del siglo XV y XVI, poseyendo una colección considerable. Y dado que había cuadros que incluso él no podía adquirir, su falta de escrúpulos, le permitía comprar cuadros robados sin ningún tipo de rubor. Evidentemente en su casa de Mónaco, tenía una estancia oculta donde guardaba esos cuadros a los que sólo él accedía, o personas de su absoluta confianza. El resto de obras, las tenía colgadas por toda la casa, a la vista de amigos y visitantes, quienes le alababan el gusto por tan magnífica colección. Y es que los pintores flamencos, tenían una especial manera de pintar que hacía que la luz y los colores de sus cuadros, provocaba que quien los mirase quedara fascinado por la belleza y serenidad que de ellos se desprendía.

Jacob, era una de esas personas de confianza de François, gracias a su especial habilidad con los pinceles, y a haberle realizado algunas copias de pintores no muy famosos y que colgaba a la vista de todos, sin ánimo de engañar a nadie, pero sí para probar a sus visitantes, algunos un poco pedantes y que se las daban de entendidos, a los que llevaba delante de ellos y les preguntaba acerca de sus autores y sobre si sería original o copia. Detrás de los cuadros había colocado una etiqueta donde decía:

*“Cette image est une copie de l'original, faite par  
Jacob Meisser”.*

Dependiendo de la ocasión, le daba o no la vuelta al cuadro, dejando al pedante en evidencia. François apreciaba en Jacob su técnica depurada y su obsesión por el detalle, y al que consideraba un falsificador notable, dada la precisión con la que trabajaba, informándose previamente sobre el autor, viendo otras obras con las estudiar su trazo y los pigmentos utilizados para obtener los colores. No dejaba nada al albur. Utilizaba únicamente materiales y pigmentos que existían en la época en la que se hizo la obra, incluidos los pinceles, de los que tenía una buena colección para posteriores trabajos.

Lo llamó por teléfono, con el pulso alterado, porque según lo que sucediera en los segundos siguientes, obtendría un botín considerable. Durante unos segundos, sonó la señal de llamada.

— ¡Aló! — dijo alguien al otro lado, y que Jacob reconoció como la voz de François.

— *¿François?*

— *Oui, ¿qui est— ce?*

— *Je suis Jacob Meissner, François.*

— *¡Ah, Jacob! ¿Comment ça va mon ami?*

— *Très bien.*

— *Vous direz, Jacob.*

— *Nous aurions à nous voir, François.*

— *¿Par?*

— *Quentin Massys.*

Se produjo un silencio al otro lado de la línea que duro tres segundos. Jacob se imaginaba la cara de sorpresa de François, al oír el nombre, el cual conocía perfectamente. Y sabía perfectamente de lo que se trataba y cómo reaccionaría.

— *¿Quand?*

— *Le plus vite possible.*

— *Eh bien, ¿que diriez— vous dimanche?*

— *Parfait, ¿Où?*

— *Dans le port Olimpic de Barcelone, à la marina.*

— *Parfait, à quelle heure?*

— *A douze. ¿d'accord?*

— *D'accord. Au revoir.*

Cuando llegó al Puerto Olímpico, enseguida vio a François, paseando por el muelle con cierto aire de nerviosismo. Aún faltaba media hora para las doce, y parecía que François, llevara ya esperando una hora. Síntoma del interés que tenía por conocer los detalles que adivinaba tras la llamada de Jacob hacía unos días.

Cuando enfiló la pasarela, François lo vio llegar, y se dirigió hacia él con paso rápido y una nerviosa sonrisa en su rostro. Se abrazaron con efusión y tras una conversación de puro formulismo, lo invitó a pasar al interior del yate.

El Yate era un Azimut modelo, 98 Leonardo, con una eslora de veintinueve metros y una manga de casi siete. Podía alcanzar una velocidad de crucero de hasta veinticuatro nudos. François le mostró a Jacob su interior. Contaba con cuatro camarotes dobles, dos con cama de matrimonio y dos con camas individuales, equipados con cuarto de baño, aire acondicionado y conexión a Internet. Rezumaba lujo por todos los lados. Jacob, envidió por un momento la suerte de su amigo. Una vez visto el interior, pasaron al salón central, donde había una mesa de cristal, a la que rodeaban cuatro o

cinco sillas. A un lado una barra de bar en semicírculo, con unas sillas altas situadas frente a ella. Detrás una iluminada cristalera mostraba una gran cantidad de bebidas, copas y vasos. Un camarero, les sirvió un cóctel y unos platos para picar. Luego, François, le indicó que podía ausentarse hasta las dos, en las que serviría la comida.

Cuando el camarero, abandonó el barco, François se dirigió a Jacob.

— *¿A Quentin Massys? ¿Original?*

— *Oui. Original. Ceci est une copie d'un autre qui est au musée du Prado à Madrid.*

— *¿Et où avez— vous trouvé?*

— *Dans une église dans un village dans la province de Huesca.*

— *¿Et vous êtes sûr qu'il est un original?*

— *Absolument.*

— *J'étais à Madrid au Museo del Prado, regarder et prendre des notes directement de lui.*

François movió la cabeza, como meditando lo que iba a hacer. Jacob, sacó las fotografías que llevaba y se las mostró. François, se puso unas gafas que sacó del bolsillo de su camisa y se las puso, tomando las fotografías. Su rostro se iluminó ante aquellas imágenes.

— *¿Et combien cela va me coûter?*

— *Cent cinquante mille euros.*

— *¿Cent cinquante mille euros?*

— *Notez que je devais faire une copie pour remplacer l'original et jamais quelqu'un connaissant le changement, et doit ensuite être remplacé dans l'église...*

— *Oui, mais il est beaucoup d'argent* — dijo François, resistiéndose a aceptar el precio. — *cent mille euros me semblent bien.*

Jacob se quedó un momento pensativo. Realmente él no había pensado con detalle en la cantidad hasta el momento en que François le había preguntado por el precio. Él, casi se asustó al pronunciar el precio. Decidió que la cantidad estaba bien. Se trataba de casi diecisiete millones de las antiguas pesetas. Por otro lado, no tenía nada de comerciante y no sabía regatear. Deseaba llegar lo más rápido posible a un acuerdo.

— *D'accord* — dijo extendiéndole la mano.

Luego siguieron hablando de plazos de entrega y el modo de desarrollarse ésta. Le explicó el método que iba a seguir para realizar el trabajo. El francés se quedó admirado, como siempre, de la meticulosidad del belga. Finalmente, acordaron que François, vendría a recoger el paquete con el yate, en una fecha previamente convenida. Tras la comida, que hicieron solos en el Yate, acompañados de los camareros contratados para la fiesta

que a partir de las cinco de la tarde tendría lugar a bordo, y a la que asistirían una serie de invitados, amigos y conocidos de François, y que se encontraban en aquel momento en Barcelona, a la que naturalmente, fue invitado Jacob.

Cuando ya de madrugada, éste regresaba andando a su casa, era completamente feliz. El futuro se presentaba halagüeño y se sentía como un potentado. Ni por un solo momento se acordó de Andreu.

Al día siguiente, llamó a su amigo Robert, para que confirmase el alquiler al propietario del taller, ubicado en *Poble Nou*, por un periodo de dos meses, donde instalaría su estudio para realizar el trabajo. Dado que tenía que hacer dos copias simultáneas, decidió no realizar el trabajo en su casa para evitar una posible visita inesperada por parte de Andreu y que éste viera las dos copias, lo que tiraría por tierra sus planes de realizar la venta y llevarse todo el beneficio. Así pues, se llevó al taller los bocetos, notas, pigmentos, botes y utensilios que iba a emplear durante el mes que más o menos pensaba que le llevaría realizar los duplicados.



## **Epílogo 2.**

### **17 de Mayo de 2010**

Jacob llegó a Castellón sobre las dos del mediodía. Siguiendo las indicaciones de las señales que marcaban la dirección de la Iglesia, llegó a la Plaza del mismo nombre, aparcando a un lateral. No había visto ni un alma en todo el recorrido, tal vez, pensó, debido a que la gente estaría comiendo en sus casas. Mientras aparcaba vio salir de la iglesia al párroco y dirigirse hacia el pueblo, siguiendo una calle en sentido descendente, supuso que a su domicilio.

Bajó del coche y se dirigió a la iglesia. Empujo la puerta pensando que estaría cerrada, pero ante su sorpresa, ésta cedió, pasando a su interior.

Volvió a cerrarla y echó un vistazo. Al fondo se encontraba el altar donde unas velas iluminaban insuficientemente. Y allí, medio escondido entre la penumbra, situado a su izquierda, colgado de uno de los muros, estaba el objeto de sus desvelos.

— ¡Hola! ¿Hay alguien? — gritó con el fin de que si había alguien en el interior, saliera a ver quién preguntaba.

Pasados unos segundos sin que nadie hiciera acto de presencia, se dirigió tranquilamente hacia el cuadro.

Lo contemplo largamente y comprobó que su autor, debió de hacer las dos copias a la vez, utilizando la misma paleta con el fin de que los colores fueran exactamente los mismos. El único detalle diferente estaba en el plafón situado por encima de la cabeza de Pilatos, donde podía verse el símbolo pagano de Géminis además de que podía verse, a diferencia del que había en el Museo de Prado, un cierto craquelado o cuarteado. Indudablemente, debido a las diferentes condiciones ambientales habidas en el museo y en la iglesia. No fue parejo el destino de las dos copias. Todo lo demás era exacto. Proporciones, ejes, expresiones y color. Fantástico. El marco indudablemente era de menor tamaño y estaba ennegrecido, a diferencia del de Madrid, cuyos dorados lucían brillantes y majestuosos.

Se acercó al cuadro y lo atrajo con la mano hacia él, a la vez que miraba por detrás para ver cómo estaba sujeto. Se trataba de dos alcayatas, una a cada lado, en las que encajaban dos cáncanos atornillados en la madera del marco. A cada lado del mismo, dos apliques

en los que lucían pobremente dos bombillas. Una de ellas, producía de vez en cuando destellos, lo que indicaba su próximo fin.

Le echó un nuevo vistazo al cuadro, y a la iglesia en su conjunto. En aquel momento recordó las palabras de Andreu en las que le explicaba la no conveniencia de que en el pueblo se viera gente extraña merodeando, decidiendo no tentar más a la suerte y marchar rápidamente, antes de que nadie pudiera reparar en su presencia.

Con sumo cuidado fue abriendo la puerta para mirar al exterior por si había o venía alguien. La plaza seguía desierta. Abrió con decisión y volvió a cerrar. Se subió al coche y reemprendió el camino hacia la ciudad condal, y esta vez sin paradas.

### **Epílogo 3.**

#### **11 de Junio de 2010**

Cuando Jacob comenzó a trabajar en el *Ecce Homo*, entró en un estado de concentración y abstracción absoluta. Puesto que tenía que hacer dos copias exactas del modelo de Castellón, decidió hacer lo mismo que hizo *Quentin* con sus copias, esto es, hacerlas simultáneamente.

En el estudio tenía su ordenador al que le había incorporado una pantalla de veinte pulgadas de alta definición, con el que poder estudiar milimétricamente hasta el más mínimo detalle cada poro del *Ecce Homo*.

Situó los dos caballetes uno al lado del otro en un lugar perfectamente iluminado con la luz que entraba por unos ventanales que daban al campo.

En un aparador, perfectamente dispuestos y ordenados puso los pigmentos naturales y minerales molidos con el grano que se utilizaba en la época, ligeramente más grueso que en la actualidad, muy costosos, en especial el azul de lapislázuli. Su actividad

en Bruselas con los galeristas, le habían proporcionado conocimientos esenciales en el negocio. También había conseguido pinceles contruidos en los tiempos de *Massys*.

Todo estaba pues, preparado para comenzar a trabajar.

Empezó por unir unos tablones de madera de álamo de 160 x 40 para lograr dos tablas de 160 x 120 cm que eran las dimensiones del cuadro, uniéndolas con unos pernos de madera incrustados en las tablas y encolados con una cola animal fabricada al estilo del siglo XV, a base de tendones, piel y hueso de animales. Luego los pulió a conciencia. A continuación, con un cepillo, se aseguró de eliminar totalmente el polvillo de la lijadura y terminó cubriendo todo con pegamento orgánico natural y yeso para crear la base sobre la que trabajaría. Tras dos días de secado, estaba todo a punto para empezar. Una última capa de un barniz especial y otros dos días de secado, dejó la madera lista para comenzar a pintar.

Los flamencos usaban una técnica mixta de temple y óleo. Una primera capa, normalmente al temple, se usaba para definir el dibujo y el modelado con sus luces y una ligera indicación del color. La siguiente capa, al óleo, servía para que el artista se dedicase exclusivamente a la representación del efecto cromático.

Poco a poco, día a día, el trabajo de Jacob comenzó a mostrar los resultados. Como por arte de magia, las dos tablas iban mostrando, de izquierda a derecha y de arriba a abajo, la misma imagen que mostraban las fotografías sujetadas con una chincheta sobre un corcho. De vez en cuando, se sentaba frente a las dos tablas con una cerveza en la mano. Se sentía completamente satisfecho del resultado.

Pasados unos días, decidió llamar a Andreu para informarle del inicio de su trabajo. Esperó a tenerlo comenzado para ganar unos días que necesitaba cuando llegara el momento de ir a Castellón a realizar el cambio de cuadro.

De vez en cuando, le visitaba, Robert, un amigo quien le había facilitado la posibilidad de alquilar durante un par de meses, el taller donde había instalado el estudio. Este, que de arte entendía más bien poco y lo suyo era trapichear para ir saliendo adelante en la vida, al ver el resultado de tantas horas de trabajo se quedaba maravillado al ver la perfección de lo que tenía delante de él.

Tras veintitrés días de arduo trabajo, los dos cuadros estaban terminados. Entre ellos era difícil ver diferencia alguna, y comparados con las fotografías, eran exactamente iguales. Jacob procedió a aplicar una capa

de barniz para proteger los pigmentos ante el paso del tiempo.

Quedaba pendiente el secado y endurecimiento del óleo, proceso que de forma natural, tardaba cincuenta años. Mezcló los pigmentos con el aceite de linaza original, pero añadiéndole una resina sintética que aceleraba el proceso. Para obtener el envejecimiento, calentó en un horno un rodillo a 120° y lo pasó por encima de la pintura para causarle el craquelado o cuarteado. Por último, procedió a su patinado mediante tinta china y varios productos químicos. El resultado: espléndido.

El siguiente paso sería desplazarse a Castellón con su amigo Robert, y efectuar la sustitución.

Luego llamaría al comprador, quien, según habían acordado, vendría a Barcelona con su yate a recoger la pintura.

Seguidamente trasladaría todas las cosas que tenía en el taller a su casa de Barcelona utilizando la furgoneta de Robert y entregaría la segunda copia a Andreu, quien le pagaría diez mil euros.

Gracias a *Quentin Massys* casi tenía la vida asegurada.

## **Epílogo 4.**

### **21 de Junio de 2010**

Habían pasado cuatro días desde que finalizaran las operaciones de secado de las maderas. Había llegado el momento de realizar el paso más comprometido de toda la operación: ir a Castellón y sustituir el original por la copia. De su viaje anterior, dedujo que la mejor hora sería la misma de aquella ocasión. Solo que esta vez, en vez de ir con su coche, irían con la furgoneta de Robert, que en el exterior llevaba estampados unos letreros de la Empresa de instalaciones de Calefacción y Aire acondicionado en la que trabajaba. Eso les daba además una justificación por si alguien los viera por casualidad: les podía inducir a pensar que estaban allí para reparar la calefacción.

Calcularon la hora de llegada sobre las dos de la tarde. En esta ocasión en la plaza había aparcados tres coches más. Esperaron por si veían salir al párroco, como en la otra ocasión, pero en esta, eran las dos y cuarto y nadie salió de la iglesia. La soledad de la plaza era igual:



no había nadie ni se oía ruido alguno. Pareciera que aquel pueblo estaba abandonado. Jacob, decidió ir a comprobar si había alguien en el interior de la iglesia. E hizo exactamente lo mismo, entró en preguntó si había alguien. Pasado unos segundos, nadie salió a su requerimiento.

Salió a la calle, y se dirigió al coche. Abrieron la puerta lateral y sacaron una caja de herramientas que depositaron en el suelo. Luego sacaron una caja de las dimensiones del cuadro que contenían, y conteniendo la respiración se dirigieron hacia la iglesia. Eran los momentos críticos.

Llegaron ante la puerta de la iglesia y Jacob la empujó con el pie, logrando pasar al interior sin mayores problemas. Robert volvió tranquilamente a por la caja de herramientas y con ella en la mano penetró de nuevo en la iglesia. Una vez dentro, respiraron a fondo, y cerraron la iglesia con la llave que colgaba de una escarpia en uno de los paneles de la puerta.

Sin pérdida de tiempo se dirigieron hacia el Ecce Homo. Entre los dos lo bajaron fácilmente y dándole la vuelta, lo volvieron hacia el muro apoyándolo en él. Con rapidez, quitaron los listone que en número de cuatro y situados en las cuatro esquinas, mantenían la tabla dentro del marco del cuadro. Las quitaron y con cuidado

sacaron la madera con el Ecce Homo. Colocaron en su lugar la que traían y volvieron a poner los listones con lo que la operación de cambio había terminado. Levantaron el marco y lo volvieron a colgar de las escarpías.

Con presteza y cuidado, envolvieron el original con las protecciones de burbujas y lo introdujeron en la caja de cartón en la que habían traído la copia. Una vez dentro y listo para marchar, Jacob observó el cuadro. Nadie notaría la manipulación pues todo seguía tal y como estaba cuando llegaron.

Robert miró a su amigo apremiándole con la mirada para salir de la iglesia.

— Maravilloso, — dijo — Bueno al fin y al cabo, les he dejado una obra de arte, similar a la que me llevo.

Cogieron entre los dos el embalaje y se dirigieron hacia la puerta. Con cuidado de no hacer ruido, la abrieron un poco para ver por la rendija si había moros en la costa. Nadie. Definitivamente en aquel pueblo no debía de vivir nadie.

Salieron con decisión portando la enorme caja de cartón que introdujeron en la furgoneta. Luego Robert fue a por la caja de herramientas. Habían pasado treinta minutos y todo había acabado. Fue entonces cuando los nervios se apoderaron de Jacob quien quiso abandonar el pueblo lo más rápido posible. Robert, le recomendó que

se tranquilizara y que pensaba llevar una velocidad adecuada, no fuera a ser que los parara la Guardia Civil.

A ciento cincuenta kilómetros de Castellón, pararon en un bar a comer. Jacob le hizo entonces entrega a Robert de los dos mil euros pactados, mientras esperaban a que les trajeran la comida.

— Eres un amigo — dijo Robert mientras se metía el dinero en la cartera.

— Ha salido todo perfectamente. Mejor imposible.

— ¿Tú crees que en el pueblo se enterarán alguna vez del cambio?

— Espero que no. Para eso he trabajado tan duro.

Comieron y bebieron y para celebrarlo se pidieron un cava. La camarera les dijo que solo tenían cava aragonés. Lo pidieron igualmente, pues lo que querían era celebrar el éxito de la operación.

Levantaron las copas para el brindis, chocándolas.

— ¡Salud! — dijeron los dos a la vez, a la vez que de un trago dejaban las copas vacías.

— ¡Jóder! ¡Este cava esta cojonudo! ¡Es mejor que el catalán! — dijo Robert.

— ¡Ya te digo! — dijo Jacob, a la vez que rellenaba de nuevo las copas.

## **José Manuel Surroca Laguardia**

Nacido en Zaragoza en 1949. De profesión informático, además de aficionado a la Música y a la Literatura siempre sintió la pasión de escribir, iniciando el esbozo de varias novelas. Tras finalizar su vida laboral, ha podido ver cumplido su deseo de hacer lo que más le gusta: dedicar su tiempo a escribir.

Enamorado de la historia, especialmente de uno de los periodos más impresionantes a su juicio, la Edad Media, intenta recrear en sus novelas las formas de vida y las sensaciones que debían sentir aquellas personas cuyo día a día transcurría entre la ignorancia, la miseria, la enfermedad y su sometimiento absoluto a la voluntad de sus señores feudales, y especialmente, las relaciones entre las tres comunidades, cristiana, judía y musulmana que poblaban y convivían en nuestras villas y pueblos.

Sin embargo, también le gusta adentrarse en otro tipo de historias que siempre tienen como protagonistas a las personas y sus circunstancias que en ocasiones, suelen ser terribles. El humor, el drama y la sociedad, son temas que ha tratado en sus historias.

Hasta el momento ha escrito doce novelas: El Cristo del Granado, Espejismo, La extraordinaria vida de un perro que entendía a los hombres, La Estación, El Clown, El Diario del Ave Fénix, Barbastro 1320 “Los Pastorelli”, Barbastro 1064 “La Cruzada”, El Documento 303, El caso del Ecce Homo, Rex Bellator y El Maquisard.

Actualmente vive en Barbastro (Huesca).